

Los Watson

Jane Austen

FONT: AUSTEN, J. *Lady Susan y otras novelas*. Traducció de Miguel Ángel Pérez Pérez Madrid: Alianza Editorial, 2017.

*Los Watson*³

El primer baile de invierno de la ciudad de D.⁴, en el condado de Surrey, se iba a celebrar el martes trece de octubre, y todo el mundo esperaba que fuese un éxito; se repasaba una larga lista de familias con el convencimiento de que asistirían, y se albergaban fundadas esperanzas de que los mismísimos Osborne acudiesen.

Los Edwards invitaron a los Watson, por supuesto. Los Edwards eran una familia rica que residían en la ciudad y tenían carruaje; los Watson vivían en un pueblo a unos cinco kilómetros, eran pobres y carecían de coche cerrado. Desde que había bailes en el lugar, los primeros acostumbraban a invitar a los segundos a que se vistieran, cenaran y durmieran en su casa cada vez que se celebraba uno en los meses de invierno.

En esa ocasión, como sólo dos de las hijas del señor Watson se encontraban en casa, y éste siempre necesitaba alguna a su lado, pues estaba enfermo y había perdido a su mujer, únicamente una de ellas podría beneficiarse de la amabilidad de sus amigos. La señorita Emma Watson, que muy recientemente había vuelto con su familia después de haberla criado una tía, iba a hacer su primera aparición pública en la vecindad; y su hermana mayor, cuya pasión por los bailes no había disminuido después de diez años de disfrutarlos, demostró cierto mérito al comprometerse de buena gana a llevarla a ella y a sus galas en la vieja silla volante a D. en la mañana del importante evento.

Mientras avanzaban entre chapoteos por el embarrado camino, la señorita Watson aleccionó y advirtió a su inexperta hermana del siguiente modo:

—Yo diría que va a ser un baile muy bueno, y con tantos oficiales presentes, seguro que no te faltan parejas. Verás que la doncella de la señora Edward te ayudará en todo lo que necesites, y te aconsejo que consultes a Mary Edwards en caso de duda, ya que tiene muy buen gusto... Si el señor Edwards no pierde todo el dinero a las cartas, te podrás quedar hasta muy tarde; si lo pierde, tal vez os haga iros a casa a toda prisa, pero al menos te quedará el consuelo de una reconfortante sopa... Espero que se te vea muy guapa... No me extrañaría que te considerasen una de las chicas más atractivas del salón; la novedad es lo que tiene. Quizá Tom Musgrave se fije en ti, pero te recomiendo que bajo ningún

concepto le des esperanzas. Suele ir a por todas las chicas nuevas, pero es porque le gusta mucho flirtear, y nunca tiene intenciones serias.

–Creo que ya te había oído hablar de él –dijo Emma–. ¿Quién es?

–Un joven de gran fortuna e independencia económica, además de muy agradable, que allí donde va se gana el aprecio de todo el mundo. La mayoría de las chicas de los alrededores están enamoradas de él o lo han estado. Debo de ser la única que ha conseguido escapar sin que le destrozara el corazón, y eso que fui la primera a la que dedicó sus atenciones cuando llegó a este condado hace seis años; y vamos que si me dedicó atenciones... Algunos dicen que no parece que desde entonces le haya vuelto a gustar tanto una chica, por más que siempre esté yendo detrás de alguna...

–¿Y cómo conseguiste que tu corazón fuese el único lo bastante frío? –preguntó Emma con una sonrisa.

–Hubo una razón –contestó la señorita Watson sonrojándose–. No me trataron muy bien, Emma, y espero que tú tengas mejor suerte.

–Querida hermana, te ruego que me perdones si te he afligido sin querer.

–Cuando conocimos a Tom Musgrave –continuó la señorita Watson sin que pareciera oírla–, yo le tenía gran apego a un joven llamado Purvis, amigo íntimo de Robert, que venía mucho a vernos. Todo el mundo pensaba que terminaríamos casándonos.

Acompañó esas palabras con un suspiro, que Emma respetó en silencio, y, tras una breve pausa, prosiguió:

–Es normal que te preguntes por qué no ocurrió, y por qué él está casado con otra mientras que yo sigo soltera. Mas eso debes preguntárselo a él y no a mí, o preguntaselo a Penelope... Sí, Emma, Penelope estuvo detrás de todo. Se cree que todo vale con tal de conseguir marido. Yo confiaba en ella, y ella lo puso en mi contra con el fin de conquistarlo, por lo que terminaron las visitas de Purvis, que al poco se casó con otra. Penelope le quita hierro a su comportamiento, pero yo pienso que semejante traición estuvo muy mal. Arruinó mi felicidad. Nunca amaré a otro hombre como amé a Purvis. Ni siquiera creo que debiera nombrar a Tom Musgrave en el mismo día que a él.

–Me dejas atónita con lo que cuentas de Penelope –dijo Emma–. ¿De verdad puede una hermana hacer algo así? ¡Rivalidades y traiciones entre hermanas! Hasta miedo me da llegar a conocerla bien, aunque espero que no fuera eso lo que pasó. Supongo que las apariencias irían en su contra...

–Tú no conoces a Penelope. Haría lo que fuese con tal de casarse, como ella misma no tendría reparos en decirte. No le confíes ningún secreto; hazme caso y no te fíes de ella. Tiene sus cosas buenas, pero carece de palabra, de honor, de escrúpulos, si de ese modo puede obtener su propio beneficio. Desearía de corazón que Penelope estuviese bien casada. De verdad que antes prefiero que haga ella un buen matrimonio a hacerlo yo.

–¿A hacerlo tú? Bueno, claro, ya me imagino... Después de que te hiriesen el corazón de esa forma, pocas ganas debes de tener de matrimonio.

–No muchas, desde luego, pero... el caso es que nos tenemos que casar. Yo, si de mí dependiera, estaría muy bien soltera... Un poco de compañía, y algún baile agradable de vez en cuando, me bastarían si pudiésemos seguir siendo jóvenes para siempre; pero nuestro padre no está en condiciones de dejarnos bien situadas, y no hay cosa peor que envejecer siendo pobre y que se rían de una. Perdí a Purvis, cierto, pero muy pocas personas se casan con su primer amor. No debo rechazar a un hombre porque no sea Purvis, como tampoco podré perdonar jamás a Penelope del todo.

Emma movió la cabeza en señal de aquiescencia.

–No obstante, Penelope también ha tenido sus problemas... –continuó la señorita Watson—. Se llevó una decepción muy grande con Tom Musgrave, que de mí pasó a dedicarle sus atenciones a ella, y del que estaba muy encariñada; pero él nunca fue en serio, y cuando ya había jugado bastante con ella, empezó a despreciarla en favor de Margaret, lo que hizo a la pobre Penelope muy desdichada... Y, desde entonces, intenta casarse con alguien de Chichester; no nos quiere decir con quién, pero yo creo que se trata de un tal doctor Harding, un anciano rico, que es tío de la amiga a la que va a visitar allí. Se ha tomado muchas molestias con él y le ha dedicado gran cantidad de tiempo, pero sin que todavía haya obtenido resultado alguno. Cuando se marchó el otro día, dijo que era la última vez. Supongo que tú no conocerías el asunto por el que se iba a Chichester, ni te imaginarías el motivo de que se ausentara de Stanton justo cuando tú estabas a punto de volver a casa después de haber pasado tantos años fuera.

–No, desde luego; no tenía ni la menor idea. Pensé que el que tuviera ese compromiso con la señora Shaw precisamente en esas fechas era una desafortunada coincidencia para mí. Esperaba encontrar a todas mis hermanas en casa, y poder hacerme de inmediato amiga de todas.

–Yo sospecho que al doctor Harding le debe de haber dado un ataque de asma, y por eso la instaron a que fuese con tanta prisa, ya que los Shaw están totalmente de parte de Penelope. Al menos eso creo, porque, lo que es ella, no me cuenta nada. Se precia de ser su propia consejera; dice, y con bastante razón, que «muchos cocineros estropean el caldo».

–Lamento mucho sus preocupaciones –dijo Emma–, pero no me gustan sus planes y opiniones. Tendré que ir con cuidado con ella. Debe de ser de carácter demasiado masculino y lanzado. Eso de que esté tan empeñada en casarse, de que vaya detrás de un hombre meramente para asegurarse una buena posición, es algo que me horroriza, que no entiendo. La pobreza es un terrible mal, pero para una mujer culta y sensible no puede ni debe ser el más terrible. Yo preferiría ser maestra de escuela (y no se me ocurre nada peor) antes que casarme con un hombre que no me gustara.

–Yo haría lo que fuera antes que ser maestra de escuela –dijo su hermana—. He ido a la escuela, Emma, y sé la vida que se lleva allí; tú, en cambio, no⁵. Me gustaría tan poco como

a ti casarme con un hombre desagradable, pero tampoco creo que haya muchos hombres desagradables... Cualquier hombre de buen carácter y renta holgada podría llegar a gustarme... Supongo que nuestra tía te criaría para que fueses muy refinada...

–La verdad es que no lo sé. Será mi conducta la que te diga cómo me han criado. Yo no puedo juzgarlo, como tampoco puedo comparar el método de nuestra tía con el de otra persona, ya que no conozco ningún otro.

–Pero noto en muchas cosas que eres muy refinada. Lo llevo observando desde que llegaste a casa, y me temo que eso te pueda hacer infeliz. Penelope se va a reír mucho de ti.

–Eso me hará infeliz, sin duda alguna. Si mis opiniones son erróneas, deberé corregirlas; si parecen propias de alguien por encima de mi posición, deberé esforzarme en ocultarlas, pero dudo que el ridículo... ¿Es Penelope muy mordaz?

–Sí; es muy osada, y nunca le importa lo que pueda decir.

–Me figuro que Margaret será más dulce...

–Sí... sobre todo en sociedad. Es toda dulzura y afabilidad delante de la gente, pero entre nosotras es un tanto fastidiosa y terca... La pobre vive convencida de que Tom Musgrave está más enamorado de ella de lo que lo ha estado nunca de nadie, y se pasa el día esperando que se le declare. Ésta es la segunda vez en un año que se va a pasar un mes con Robert y Jane con la intención de azuzarle con su ausencia, pero estoy segura de que se equivoca, y de que él la va a seguir a Croydon⁶ lo mismo que en marzo pasado. Tom Musgrave sólo se casará con alguien muy importante; tal vez con la señorita Osborne, o con otra de ese estilo...

–Por lo que me cuentas de este Tom Musgrave, Elizabeth, pocas ganas me entran de conocerlo...

–Te da miedo, lo cual no me extraña.

–No, no, en absoluto; es que me produce desagrado y rechazo.

–¿Que Tom Musgrave te produce desagrado y rechazo? No, eso es imposible. Te reto a que no quedes encantada con él si se fija en ti. Espero que baile contigo, y supongo que lo hará, a menos que los Osborne vayan con un grupo muy grande, porque en ese caso no hablará con nadie más.

–Vaya, parece que tiene unos modales exquisitos... –comentó Emma—. Bueno, ya veremos lo irresistibles que nos resultamos el señor Tom Musgrave y yo... Supongo que lo reconoceré en cuanto entre en el salón de baile, pues debe de llevar parte de su encanto escrito en la cara.

–No estará en el salón cuando llegues, te lo aseguro, porque iréis pronto para que la señora Edwards pueda encontrar buen sitio junto al fuego, y él siempre llega muy tarde; y

si van a acudir los Osborne, los esperará en el corredor y entrará con ellos. Cuánto me gustaría acompañarte, Emma. Si nuestro padre tiene el día bueno, podría abrigarme bien y que me trajera James en cuanto le hubiese dado el té, y así estaría contigo cuando empezara el baile.

–¿Qué? ¿Que vendrías tan tarde de noche en esta silla?

–Pues claro que sí. Ves, ya te decía yo que eras muy refinada, y ahí tienes un ejemplo.

Emma estuvo unos instantes sin contestar, hasta que al fin dijo:

–Cuánto desearía, Elizabeth, que no hubieras insistido tanto en que fuera yo al baile, sino que fueses tú en mi lugar. Tú disfrutarías mucho más que yo. Aquí soy forastera y no conozco a nadie salvo a los Edwards, por lo que dudo mucho que me lo pase muy bien, mientras que tú, en cambio, estarías muy entretenida con todas tus amistades. Aún no es tarde para que cambiemos el plan. Harán falta muy pocas disculpas con los Edwards, los cuales se alegrarán más de contar con tu compañía que con la mía, y yo me vuelvo encantada con nuestro padre. No me da ningún miedo conducir este viejo carro tan lento hasta casa. Ya me encargo yo de encontrar la forma de enviarte tu ropa.

–Mi queridísima Emma –exclamó Elizabeth con afecto–, ¿me crees capaz de semejante cosa? Por nada del mundo, pero nunca olvidaré lo amable que eres al proponerlo. Qué carácter más dulce debes de tener... ¡nunca he visto nada igual! ¿De verdad renunciarías al baile para que yo pudiera asistir? Créeme, Emma, cuando te digo que no llego a ser tan egoísta. No, aunque te llevo nueve años, jamás impediría que te viesen en sociedad. Eres muy guapa, y sería terrible que no tuvieras la misma oportunidad de prosperar que todas nosotras. No, Emma, quienquiera que se quede en casa todo el invierno, no vas a ser tú. Estoy segura de que yo jamás habría perdonado a quien me hubiera impedido que fuera a un baile a los diecinueve años.

Emma le expresó su gratitud, y durante unos pocos minutos siguieron avanzando en silencio. Elizabeth fue la primera en hablar:

–Fíjate en quién baila con Mary Edwards.

–Intentaré recordar quiénes son sus parejas, pero ya sabes que no conoceré a ninguno.

–Tú sólo estate pendiente de si baila con el capitán Hunter más de una vez; eso es lo que me da miedo. No es que a sus padres les gusten los oficiales, pero si baila con él más de una vez, entonces es que el pobre Sam ya no tiene nada que hacer. Y le he prometido que le escribiría contándole con quién baila ella.

–¿Sam siente algo por la señorita Edwards?

–¿Es que no lo sabías?

–¿Y cómo lo iba a saber? ¿Cómo querías que me enterara en Shropshire de los asuntos de esa índole que pudieran pasar en Surrey? No era muy probable que circunstancias tan

delicadas formasen parte de la escasa correspondencia que hemos mantenido tú y yo en estos catorce años.

–Pues me sorprende que yo nunca te lo mencionara al escribirte... Desde que volviste con nosotros, he estado tan ocupada con nuestro pobre padre y lo de dar la mano de pintura a la casa, que no te tenido tiempo de contarte nada, pero vamos que sí estaba convencida de que lo sabías todo. Sam está muy enamorado de ella desde hace dos años, y siempre se lleva un disgusto muy grande cuando no puede escaparse para venir a estos bailes, pero el señor Curtis no puede prescindir de él casi nunca, y justo ahora es muy mal momento en Guildford.

–¿Y crees que la señorita Edwards siente algo por él?

–Me temo que no. Ya sabes que es hija única y recibirá una herencia de al menos diez mil libras.

–Pero eso no quita para que le pueda gustar nuestro hermano...

–¡No, no! Los Edwards aspiran a mucho más. Sus padres nunca lo consentirían, puesto que Sam sólo es cirujano⁷... A veces me parece que sí que le gusta a Mary Edwards, pero es una joven tan remilgada y reservada, que casi nunca sé qué es lo que quiere.

–A menos que Sam esté seguro de los sentimientos de la señorita en cuestión, es una pena que le den ánimos para que piense en ella.

–Bueno, un joven tiene que pensar en alguien –contestó Elizabeth–, y ¿por qué no iba a tener él tanta suerte como Robert, que consiguió una buena esposa y seis mil libras?

–No deberíamos esperar que individualmente vayamos a ser tan afortunados –replicó Emma–. La suerte de un miembro de la familia lo es de todos nosotros.

–La mía está aún por llegar, de eso estoy segura –dijo Elizabeth, suspirando de nuevo al recordar a Purvis–. He sido muy desgraciada, y tampoco es que a ti te vaya muy bien, después de que nuestra tía hiciera esa tontería de volver a casarse... En fin, yo diría que vas a tener un baile muy ameno. Mira, al tomar la siguiente curva ya llegamos a la barrera de peaje. Por encima del seto se divisa la torre de la iglesia, y el White Hart está al lado. Qué ganas tengo de que me digas lo que opinas de Tom Musgrave...

Ésas fueron las últimas palabras audibles de la señorita Watson antes de que atravesaran la barrera de peaje y cogieran la pendiente por la que se bajaba a la ciudad, ya que el jaleo y ruido de allí no favorecían en absoluto seguir conversando. La vieja yegua trotaba con aplomo, sin necesidad de que le indicaran con las riendas que echase por la bocacalle correcta, y sólo cometió un error cuando quiso detenerse en la sombrerería antes de llegar a la puerta del señor Edwards. La de éste era la mejor casa de la calle, así como de todo el lugar, siempre que el señor Tomlinson, el banquero, aceptara considerar que la que se acababa de construir al final de la ciudad, con jardines de arbustos y avenida para carruajes incluidos, estaba en el campo. La casa del señor Edwards era más alta que

la de la mayoría de sus vecinos, con dos ventanas protegidas por postes y cadenas a cada lado de la puerta, a la que se accedía por unos escalones de piedra.

—Pues ya estamos aquí —dijo Elizabeth cuando el vehículo dejó de moverse—, sanas y salvas. Según el reloj del mercado sólo hemos tardado treinta y cinco minutos en llegar, lo que creo que no está nada mal, aunque para Penelope eso no sería nada... ¿Verdad que es una ciudad muy bonita? Como ves, los Edwards tienen una casa majestuosa, y viven a lo grande. Nos va a abrir la puerta un hombre de librea con el pelo empolvado.

Emma sólo había visto a los Edwards una mañana en Stanton, con lo que eran unos perfectos desconocidos para ella, y, por mucho que su ánimo no fuera en absoluto indiferente al esperado disfrute de la velada, se sentía un poco violenta al pensar en todo lo que le iba a preceder. Además, como la conversación con Elizabeth le había producido cierta sensación desagradable con respecto a su propia familia, estaba más predispuesta a llevarse una mala impresión de cualquier otra cosa, y le resultaba aún más embarazoso tener que presentarse en casa de unas personas a las que apenas conocía como si existiese una amistad íntima entre ellos.

No halló nada en la actitud de la señora y la señorita Edwards que la hiciera cambiar de idea de inmediato; la primera, aunque estuvo agradable, era reservada y de una cortesía muy ceremoniosa, mientras que parecía normal que la segunda, una joven de veintidós años y aspecto muy refinado que llevaba bigudíes en el cabello⁸, hubiese sacado algo de la forma de ser de la madre que la había criado. Enseguida Emma se quedó sola para comprobar por su cuenta cómo eran, al tener que marcharse Elizabeth a toda prisa, tras lo que algunos comentarios muy lánguidos sobre el probable esplendor del baile fueron lo único que interrumpió a ratos un silencio de media hora, antes de que se les uniera el señor de la casa.

El señor Edwards era mucho más sociable y comunicativo que las damas de la familia. Llegaba de la calle totalmente dispuesto a contarles todo aquello que pudiera ser de su interés. Después de recibir a Emma con mucha cordialidad, se volvió hacia su hija y le dijo:

—Te traigo buenas noticias, Mary. Ya es seguro que los Osborne van esta noche al baile. Han encargado en el White Hart que manden caballos para dos carruajes al castillo Osborne antes de las nueve.

—Me alegro —comentó la señorita Edwards—, porque su asistencia otorga distinción a nuestras celebraciones, y una vez que se sabe que los Osborne han ido a un baile, eso hace que mucha gente se decida a acudir al siguiente. Es más de lo que se merecen, ya que, de hecho, no aportan nada al entretenimiento de la velada llegando tan tarde y yéndose tan pronto, pero las personas importantes siempre tienen su encanto...

El señor Edwards pasó entonces a relatarles todas las demás novedades de las que se había enterado en su salida de esa mañana, con lo que estuvieron charlando mucho más animadamente hasta que se hizo la hora de que la señora Edwards se arreglara, y recomendaron a las jóvenes con suma insistencia que ellas tampoco perdiesen el tiempo. Condujeron a Emma a una estancia muy acogedora en la que, en cuanto terminaron las

cortesías de la señora Edwards y quedó sola, dio inicio a la feliz ocupación que es la primera dicha de un baile. Al estar en cierta medida arreglándose juntas las jóvenes, era inevitable que se conociesen mejor; Emma vio que la señorita Edwards daba muestras de tener buen juicio, una actitud modesta y sencilla y muchas ganas de complacerla, y, cuando volvieron a la sala en que la señora Edwards aguardaba, espléndidamente ataviada con uno de los vestidos de satén que se había hecho para ese invierno y un nuevo tocado de la sombrerería, entraron sintiéndose más relajadas y con sonrisas más naturales que al salir antes de allí.

Era el momento de pasar revista a sus atuendos. La señora Edwards reconoció que era una mujer anticuada y no le gustaban todas las extravagancias modernas, por mucho beneplácito social que tuvieran; y, aunque observó con complacencia el buen aspecto de su hija, sólo manifestó una discreta admiración; mientras que el señor Edwards, igual de satisfecho con Mary, se encargó de hacer algunos cumplidos joviales y galantes a Emma. Como la conversación los llevara a comentarios de índole más personal, la señorita Edwards le preguntó con mucho tacto a Emma si no le decían con frecuencia que se parecía mucho a su hermano pequeño. A Emma le pareció percibir que un leve sonrojo acompañaba a la pregunta, así como algo aún más sospechoso en el modo en que reaccionó el señor Edwards.

—Creo, Mary, que con eso no le haces un gran cumplido a la señorita Emma —se apresuró éste a afirmar—. El señor Sam Watson es un joven excelente, y diría que muy buen cirujano, pero ha tenido el cutis tan expuesto a todo tipo de condiciones meteorológicas, que hallar un parecido con él no es que sea muy halagador.

Mary, un tanto turbada, se disculpó: no había pensado que un fuerte parecido fuese en absoluto incompatible con grados muy distintos de belleza. Podía darse una semejanza de semblante por muy diferentes que fuesen el cutis e incluso los rasgos.

—No puedo decir nada de la apostura de mi hermano —intervino Emma—, ya que no lo veo desde que él tenía siete años, pero mi padre dice que nos parecemos.

—¿Eso dice el señor Watson? —exclamó el señor Edwards—. Vaya, me sorprende usted... No guardan el menor parecido. Su hermano tiene los ojos grises y usted marrones, y él tiene el rostro alargado y la boca ancha. ¿Les ves tú el menor parecido, querida?

—En absoluto. La señorita Emma Watson me recuerda mucho a su hermana mayor, y en ocasiones le he notado un aire a la señorita Penelope, y hasta una o dos veces al señor Robert, pero no le percibo ningún parecido con el señor Samuel.

—Yo le veo una semejanza muy marcada con la señorita Watson —replicó su marido—, pero no aprecio ninguna otra de las que dices. Creo que sólo se parece a la señorita Watson, y estoy convencido de que no se parece nada a Sam.

Una vez zanjado así el tema, se dispusieron a comer.

—Su padre, señorita Emma, es uno de mis mejores amigos —le dijo el señor Edwards mientras le servía vino y, sentados ante el fuego, tomaban el postre—. Brindemos por su pronta mejoría. Le aseguro que me apena mucho que esté tan enfermo. No conozco a nadie a quien le guste más que a él jugar a las cartas en una reunión social, y a muy poca gente que juegue mejor una partida de *whist*. Qué lástima más grande que ahora se vea privado de ese entretenimiento, porque hemos formado un pequeño club de *whist* que se reúne tres veces a la semana en el White Hart, y de estar él bien de salud, qué bien que se lo pasaría...

—Eso creo, señor, y me gustaría de todo corazón que estuviera en condiciones de asistir.

—Tu club sería más apropiado para un enfermo —dijo la señora Edwards— si no estuviéseis hasta tan tarde.

Era una antigua queja de ella.

—¿Hasta tan tarde? Pero ¿qué dices, querida? —exclamó su marido con firme cortesía—. Siempre llegamos a casa antes de medianoche. En el castillo Osborne se reirían si te oyeran llamar a eso tarde; ellos, que a medianoche todavía se están levantando de cenar.

—Eso no viene al caso —replicó la dama con tranquilidad—. Los Osborne no han de ser un ejemplo para nosotros. Mejor sería que os reunieseis todas las noches y terminaraís dos horas antes.

Hasta ahí era un asunto del que trataban muy a menudo, pero el señor y la señora Edwards tenían la prudencia de no pasar nunca de ese punto, así que él cambió rápidamente de tema. Llevaba el suficiente tiempo viviendo en la ociosidad propia de una ciudad para haberse vuelto un poco cotilla, y, como tenía cierta curiosidad por conocer más circunstancias de su joven invitada de las que le habían llegado, empezó sus pesquisas diciendo:

—Creo que me acuerdo muy bien de su tía, señorita Emma, hace unos treinta años. Estoy seguro de que bailé con ella en los salones viejos de Bath el año antes de casarme. Era una mujer muy distinguida por entonces, pero, como suele ocurrir, supongo que estará algo más mayor... Espero que sea feliz en sus segundas nupcias...

—Eso espero... sí, eso creo, señor —contestó Emma un tanto nerviosa.

—Creo que no hacía mucho del fallecimiento del señor Turner, ¿no?

—Unos dos años, señor.

—No recuerdo cuál es ahora su nombre de casada...

—O'Brien.

–¡Irlandés! Ah, sí, ya me acuerdo, y se ha ido a vivir a Irlanda. No me extraña que no quisiera usted acompañarla a ese país, señorita Emma, pero debe de ser una privación terrible para la pobre señora, después de haberla criado a usted como a una hija...

–No soy tan desagradecida como para no querer estar con ella, señor –repuso Emma acaloradamente–, pero es que no les venía bien... al capitán O’Brien no le venía bien que yo viviera con ellos.

–¡Capitán! –repitió la señora Edwards–. Entonces el caballero está en el ejército...

–Sí, señora.

–Sí, no hay nadie como un oficial para cautivar a una dama, sea joven o mayor. No hay quien se resista a una escarapela, querida.

–Espero que sí que haya quien se resista –replicó su esposa con mucha seriedad, al tiempo que dirigía una rápida mirada a su hija; Emma se recuperó de su turbación justo a tiempo de ver que la señorita Edwards se sonrojaba, y, recordando lo que Elizabeth le había contado del capitán Hunter, se preguntó si sería más fuerte en aquélla la influencia de éste o la de su hermano.

–Las señoras mayores deberían tener mucho cuidado al contraer segundas nupcias –observó el señor Edwards.

–El cuidado y la discreción no deberían limitarse a las señoras mayores o a un segundo matrimonio –añadió su esposa–. Son igual de necesarios para las jóvenes en el primero.

–O incluso más, querida –contestó él–, ya que lo más probable es que las jóvenes padezcan los efectos más tiempo. Cuando una anciana hace la tonta, es ley de vida que no sufra las consecuencias muchos años.

Emma se pasó la mano por los ojos, y el señor Edwards, al verla, cambió de tema para que la conversación no angustiara a nadie.

Como no tenían nada que hacer salvo esperar que llegase el momento de ponerse en marcha, la tarde se hizo larga a las dos jóvenes; y, por mucho que a la señorita Edwards la agobiara bastante tener que salir a la hora tan temprana que su madre siempre fijaba, hasta la aguardaba con cierta ansiedad. El que a las siete sirvieran el té supuso cierto alivio, ya que, afortunadamente, el señor y la señora Edwards siempre se tomaban más de una taza y se comían un bollo adicional cuando iban a trasnochar, por lo que la ceremonia se alargó hasta casi el momento deseado. Un poco antes de las ocho, oyeron que pasaba el carruaje de los Tomlinson, lo cual siempre era la señal para que la señora Edwards ordenase que llevaran el suyo a la puerta; de manera que, a los pocos minutos, el grupo fue transportado de la paz y el calor de una acogedora sala al bullicio, ruido y corrientes de aire de la amplia entrada y corredor de una posada.

Mientras protegía con cuidado su propio vestido, la señora Edwards se ocupaba con aún mayor diligencia de la seguridad de los hombros y gargantas de sus jóvenes

custodiadas, y encabezó el ascenso por las anchas escaleras sin que todavía el menor sonido de baile, a excepción del primer rasgido de un violín, bendijese los oídos de quienes la seguían; y, al aventurarse la señorita Edwards a inquirir con sumo interés si había llegado ya mucha gente, recibió del camarero la respuesta que ya se suponía de que «la familia del señor Tomlinson se encontraba en el salón». Conforme atravesaban una corta galería hacia el salón de actos, que resplandecía con todas sus luces ante ellas, las abordó un joven, vestido con chaqué⁹ y botas, que se encontraba en la entrada de un cuarto al parecer a la espera de verlas pasar.

–¡Ah! ¿Cómo está usted, señora Edwards? ¿Cómo está usted, señorita Edwards? –les dijo con aire relajado–. Ya veo que quieren llegar a buena hora, como siempre. Hace un momento que han encendido las velas.

–Sabe usted que me gusta coger buen sitio junto al fuego, señor Musgrave –contestó la señora Edwards.

–Yo voy a vestirme ahora mismo –explicó él–. Estoy esperando al estúpido de mi sirviente. Va a ser un gran baile. Los Osborne vienen; que no les quepa duda, ya que he estado esta mañana con lord Osborne...

Siguieron avanzando; el vestido de satén de la señora Edwards fue barriendo el suelo limpio del salón de baile hasta llegar a la chimenea del otro extremo, donde sólo había un grupo de damas sentadas ceremoniosamente, mientras tres o cuatro oficiales iban entrando y saliendo de la sala de juego contigua. Después de intercambiar un saludo muy forzado con esas cercanas vecinas de sitio, y en cuanto estuvieron todas debidamente instaladas en sus asientos, Emma, con un bajo susurro que era lo más apropiado para tan solemne escena, dijo a la señorita Edwards:

–Entonces ¿el caballero al que hemos visto fuera era el señor Musgrave? Según tengo entendido, todo el mundo lo encuentra muy agradable...

La señorita Edwards contestó dubitativa:

–Sí, es muy del agrado de mucha gente, pero nosotros no tenemos excesiva amistad con él.

–Es rico, ¿no?

–Creo que dispone de una renta de ochocientas o novecientas libras al año. La recibió siendo aún muy joven, y mis padres opinan que eso es lo que lo ha vuelto una persona poco estable. No le tienen gran predilección.

El aspecto frío y vacío de la estancia, así como el aire recatado del pequeño grupo de féminas del final, pronto empezaron a cambiar; se oyó el alentador sonido de más carruajes que llegaban, y fueron apareciendo continuamente una sucesión de corpulentas carabinas y de jovencitas muy elegantes, así como de vez en cuando algún caballero rezagado que, si no estaba lo bastante enamorado para situarse cerca de ninguna bella señorita, parecía encantado de poder escaparse a la sala de juego. Entre el número cada

vez mayor de militares, uno se acercó a la señorita Edwards con un *empressement*¹⁰ que decididamente le dijo a la acompañante de ésta: «Soy el capitán Hunter»; y Emma, que no podía menos que observarla en un momento así, la vio bastante alterada, pero en modo alguno contrariada, y oyó que le concedía los dos primeros bailes, lo que la llevó a pensar que su hermano Sam no tenía nada que hacer.

Entretanto, no es que la propia Emma no fuese observada o admirada. Un rostro nuevo, y además muy bonito, no podía pasar desapercibido. Se fue susurrando su nombre de un grupo a otro, y, en cuanto se dio la señal de inicio al empezar la orquesta a interpretar un aire de mucha aceptación, lo cual pareció convocar a los hombres jóvenes a cumplir con su obligación y llenar el centro del salón, Emma se encontró con que era pareja de baile de un oficial, compañero de armas del capitán Hunter, que es quien se lo presentó. Emma Watson era de estatura media, buena figura, rellenita y aspecto sano y vigoroso. Tenía la tez muy morena, pero limpia, suave y resplandeciente; lo que, junto a su viveza de ojos, dulce sonrisa y semblante sincero, le otorgaba una belleza muy atractiva, y una expresión que hacía que aumentara esa belleza al tratarla. Como no tuvo motivo para que le disgustara su pareja de baile, el comienzo de la velada le fue muy agradable, coincidiendo sus sensaciones a la perfección con el reiterado comentario de que era un baile excelente.

Aún no habían terminado las dos primeras piezas cuando, después de una larga interrupción, volvió a oírse ruido de carruajes, lo que atrajo la atención general y provocó que se fuera repitiendo por el salón el murmullo de «que llegan los Osborne, que llegan los Osborne». Tras unos minutos de excepcional barullo fuera, y de atenta curiosidad dentro, tan importante grupo, precedido por el servicial patrón de la posada para abrirles una puerta que nunca estaba cerrada, hizo su aparición. Lo formaban lady Osborne; su hijo, lord Osborne; su hija, la señorita Osborne; la señorita Carr, amiga de ésta; el señor Howard, antiguo tutor de lord Osborne y ahora clérigo de la parroquia en que se encontraba el castillo; la señora Blake, su hermana viuda que vivía con él; el hijo de ésta, un guapo chico de diez años, y el señor Tom Musgrave, quien, mientras estaba encerrado en su habitación, probablemente se hubiera pasado la última media hora escuchando la música con amarga impaciencia. Según avanzaban por el salón, se detuvieron para recibir los saludos de unas amistades casi justo detrás de Emma, la cual oyó comentar a lady Osborne que habían ido tan pronto para darle el gusto al hijo de la señora Blake, al que le encantaba bailar. Emma los miró a todos conforme pasaron, pero sobre todo y con mayor interés a Tom Musgrave, que era sin duda un joven refinado y apuesto. De las féminas, lady Osborne era la más distinguida con diferencia; aunque ya casi estaba en la cincuentena, era muy atractiva y hacía gala de toda la dignidad de su rango.

Lord Osborne era asimismo un joven muy distinguido, pero tenía un aire de frialdad, desinterés e incluso torpeza que venía a atestiguar que en un salón de baile no se encontraba en su elemento. De hecho, sólo estaba allí porque habían considerado conveniente que complaciera a los habitantes de la ciudad; ni era muy aficionado a la compañía femenina ni jamás bailaba. El señor Howard, de algo más de treinta años, parecía agradable.

Al concluir los dos bailes, Emma se halló sentada, sin que supiera cómo, entre el grupo de los Osborne; y de inmediato le llamaron mucho la atención los delicados rasgos y animados gestos del niño mientras, de pie delante de su madre, no dejaba de preguntar cuándo iban a empezar.

—No le sorprenderá la impaciencia de Charles —explicó la señora Blake, mujer de pequeña estatura, vivaracha y simpática, a una dama que tenía al lado— cuando sepa quién es su pareja. Resulta que la señorita Osborne ha sido tan amable de prometerle que le concedería los dos primeros bailes.

—¡Sí, me los concedió hace una semana —exclamó el niño—, y vamos a superar a todas las demás parejas!

Al otro lado de Emma, las señoritas Osborne y Carr y un grupo de jóvenes tenían de pie una conversación muy animada; y, poco después, vio que el oficial más elegante de aquéllos se acercaba a la orquesta a pedir la pieza, mientras la señorita Osborne pasaba por delante de ella y le decía a toda prisa a su pequeño y expectante compañero de baile:

—Charles, te ruego que me perdones por no cumplir mi promesa, pero es que estas dos piezas las voy a bailar con el coronel Beresford. Sé que me vas a excusar, y ten por seguro que bailaré contigo después del té.

Y, sin aguardar respuesta, se volvió de nuevo hacia la señorita Carr, y al minuto siguiente el coronel Beresford la conducía a la pista a encabezar la formación de baile. Si ya el rostro del pobre niño había resultado interesante a Emma cuando expresaba tanta dicha, lo fue infinitamente más al llevarse tan repentino revés: se convirtió en la viva imagen de la decepción, con las mejillas coloradas, los labios temblorosos y la mirada agachada. Su madre, conteniendo el disgusto que ella misma se había llevado, intentó aplacar el de él valiéndose de la perspectiva de esa segunda promesa de la señorita Osborne; pero, por más que el niño consiguió hacer un esfuerzo y afirmar con coraje juvenil: «Bah, no me importa», la incesante agitación de su cara dejaba muy de manifiesto que le importaba muchísimo. Emma no se lo pensó ni reflexionó, sino que, dejándose llevar por sus emociones, actuó:

—Estaré encantada de bailar con usted, señor, si así lo desea —dijo ofreciéndole la mano con toda naturalidad y buen humor.

Al momento el niño recuperó toda su dicha anterior, miró con regocijo a su madre y, dando un paso adelante al tiempo que decía un sincero y sencillo: «Gracias, señora», estuvo al instante preparado para acompañar a su nueva amiga. El agradecimiento de la señora Blake fue más difuso: con una mirada que manifestaba toda la inesperada satisfacción y vehemente gratitud que sentía, se dirigió a su vecina de asiento para expresarle repetidas veces con mucho fervor lo obligada que le estaba por ser tan amable de hacerle ese favor a su hijo. Emma, fiel a la verdad, le aseguró que el placer era suyo, y, después de que la madre entregase a Charles los guantes y lo conminara a dejárselos puestos, ambos se unieron con casi igual satisfacción a la fila que se estaba formando rápidamente.

Eran una pareja en la que no se podía reparar sin sorprenderse. Le ganó a Emma que las señoritas Osborne y Carr la mirasen fijamente al pasar por delante de ella durante el baile.

–Vaya, Charles, qué suerte tienes –dijo la primera al rodearlo–, que has conseguido una pareja mejor que yo.

A lo que el feliz Charles contestó:

–Sí.

Tom Musgrave, que bailaba con la señorita Carr, dirigía a Emma muchas miradas inquisitivas; y, al poco, hasta el propio lord Osborne, con la excusa de decirle algo a Charles, se acercó para observarla. Por más que todo eso la consternaba bastante, Emma no se arrepintió de lo que había hecho, ya que de ese modo tan felices eran el niño como su madre, la cual aprovechaba de continuo la menor ocasión para hablarle con sumo afecto y cortesía. Descubrió que su pequeño acompañante, aunque interesado ante todo en bailar, no era nada reacio a hablar cuando sus preguntas o comentarios le proporcionaban algo que decir; y así se enteró, por medio de una especie de inevitable interrogatorio, de que tenía dos hermanos y una hermana, que su mamá y ellos vivían con su tío en Wickstead, que su tío le enseñaba latín, que le gustaba mucho cabalgar y tenía su propio caballo que le había dado lord Osborne, y que ya había salido una vez de caza con los perros de éste.

Al terminar esas piezas, indicó a Emma que tomarían el té juntos; la señorita Edwards le advirtió que estuviese a mano de un modo que la convenció de que para la señora Edwards era muy importante tenerlas a las dos cerca cuando se trasladase a la sala en que se servía el té, con lo que Emma se encargó de hallarse en el lugar apropiado. A los asistentes siempre les era muy grato formar un poco de barullo y gentío al pasar a tomar el refrigerio; la sala en cuestión era una pequeña estancia dentro de la de juego, y, al ir avanzando por ésta, donde las mesas hacían que el trayecto fuese angosto, la señora Edwards y sus acompañantes hubieron de detenerse unos instantes. Sucedió cerca de la mesa en que lady Osborne jugaba al casino¹¹; el señor Howard, quien también participaba, le dijo algo a su sobrino; y Emma, al percatarse de que era objeto de atención tanto por parte de lady Osborne como del señor Howard, apenas tuvo tiempo de apartar la mirada para que pareciese que no oía que su pequeño acompañante susurraba encantado de forma bastante audible: «¡Mire qué guapa que es mi pareja, tío!». Como justo a continuación volvieron a ponerse en movimiento, se llevó a Charles de allí a toda prisa sin que éste tuviese tiempo de recibir el dictamen de su tío.

Al entrar en la sala del té, en la que había preparadas dos largas mesas, vieron a lord Osborne a solas al final de una ellas, como si se apartara lo más posible del baile para poder entregarse a sus pensamientos y estar todo lo boquiabierto que quisiera. De inmediato Charles se lo señaló a Emma.

–Ahí está lord Osborne. Vamos a sentarnos con él.

—No, no —contestó Emma riendo—. Tienes que sentarte con mis amigas.

Charles se sentía ya con la suficiente confianza para que fuese su turno de aventurarse a hacer algunas preguntas:

—¿Qué hora es?

—Las once.

—¡Las once, y no tengo nada de sueño! Mamá dijo que antes de las diez ya estaría durmiendo... ¿Cree que después del té la señorita Osborne cumplirá la promesa que me ha hecho?

—Sí, claro, supongo que sí... —contestó Emma, por más que pensó que no tenía mejor razón que darle que el que con anterioridad la señorita Osborne no la hubiese cumplido.

—¿Cuando va a venir usted al castillo Osborne?

—Pues lo más probable es que nunca, ya que no conozco a la familia.

—Pero puede venir a Wickstead a ver a mamá, y ella la llevará al castillo. Hay un zorro disecado muy curioso y monstruoso, y también un tejón; cualquiera diría que están vivos. Qué pena que se quede usted sin verlos...

Al levantarse del té, hubo de nuevo cierto barullo por el gusto de ser los primeros en salir de la habitación, que contribuyó a aumentar el que en ese mismo momento uno o dos de los grupos que jugaban a las cartas terminaran las partidas y se dispusiesen a moverse justo en dirección contraria. Entre ellos se encontraba el señor Howard, con su hermana del brazo; y, en cuanto estuvieron cerca de Emma, la señora Blake la tocó con amabilidad y le dijo:

—Por su gentileza con Charles, mi querida señorita Watson, toda mi familia arde en deseos de conocerla. Permítame que le presente a mi hermano, el señor Howard.

Emma hizo una reverencia y él otra¹², tras lo que rápidamente le pidió que le concediera el honor de los dos siguientes bailes, a lo que recibió una contestación afirmativa igual de rápida, ya que los empujaban en direcciones opuestas. Emma quedó muy complacida, pues el señor Howard tenía un aire de moderada jovialidad y de caballerosidad que le agradaba; y, unos pocos minutos después, su compromiso para bailar adquirió mayor valor cuando, mientras estaba sentada en la sala de juego, oculta en parte por una puerta, oyó que lord Osborne, quien se encontraba ocioso en una mesa vacía de cerca, llamaba a Tom Musgrave y le decía:

—¿Por qué no bailas con esa hermosa Emma Watson? Quiero que bailes con ella, y yo me situaré al lado.

—Eso es lo que estaba decidiendo en estos momentos, milord; voy a que me la presenten y a bailar con ella.

–Sí, ve, y si compruebas que no hace falta hablarle mucho, puedes presentármela al rato.

–Muy bien, milord. Si es como sus hermanas, lo único que querrá será que la escuchen a ella. Voy ya mismo. Debe de estar en la sala del té, porque esa estirada de la señora Edwards nunca termina de tomárselo.

Y se marchó, con lord Osborne detrás, y entonces Emma salió corriendo de su rincón justo hacia el otro lado, olvidándose con las prisas de que dejaba atrás a la señora Edwards.

–La habíamos perdido –le dijo ésta cuando la siguió con Mary menos de cinco minutos después–. Si prefiere esta sala a la otra, no hay razón para que no se venga aquí, pero estaríamos mejor todas juntas.

Emma se ahorró el apuro de tener que disculparse porque en ese momento se les unió Tom Musgrave, el cual, al pedir en voz alta a la señora Edwards que le hiciese el honor de presentarle a la señorita Emma Watson, no dejó opción a la buena mujer, salvo la de dejarle constancia por medio de su fría actitud de que lo hacía de mala gana. Rápidamente él solicitó el honor de bailar con Emma, pero ésta, por mucho que le pudiese agradar que lord y plebeyo la considerasen hermosa, estaba tan predispuesta en contra de Tom Musgrave, que con considerable satisfacción lo informó de que ya tenía un compromiso previo.

Él quedó con toda claridad tan sorprendido como molesto. Probablemente la última pareja de baile de Emma lo hubiera llevado a creer que no la abrumaban con peticiones.

–Mi pequeño amigo Charles Blake –exclamó– no debe esperarse que la vaya a acaparar toda la velada. Eso es algo que no podemos consentir; va en contra de las normas de esta reunión, y estoy seguro de que aquí nuestra buena amiga, la señora Edwards, jamás lo auspiciaría, ya que tiene un excelente sentido del decoro y nunca permitiría tan peligrosa excepción.

–No voy a bailar con el señorito Blake, señor.

El caballero, un tanto desconcertado, sólo pudo expresar su deseo de ser más afortunado en alguna otra ocasión, y, por más que su amigo lord Osborne aguardaba el resultado en la puerta, como observó Emma con cierta diversión, parecía renuente a dejarla, y empezó a interesarse muy cortésmente por su familia:

–¿Cómo es que no tenemos el gusto de ver aquí a sus hermanas esta noche? Estamos tan acostumbrados a que honren estos bailes con su presencia, que no sabemos cómo tomarnos tal ausencia.

–Mi hermana mayor es la única que se encuentra en casa en estos momentos, y no podía dejar a mi padre.

–¿Que la señorita Watson es la única que se encuentra en casa? Me sorprende usted. Yo diría que anteayer mismo las vi a las tres en la ciudad... Claro que me temo que

últimamente he sido un vecino muy dejado. Dondequiera que voy, recibo terribles quejas por mi negligencia, y reconozco avergonzado que hace mucho que no me paso por Stanton. No obstante, a partir de ahora voy a intentar enmendar mis errores del pasado.

La serena reverencia que Emma le dedicó en respuesta debió de resultarle muy distinta a los fervientes ánimos que acostumbraba a recibir de sus hermanas, y probablemente le produjera la sensación, nueva para él, de dudar de su propia capacidad de influencia, y desease obtener más atención de Emma de la que le concedía. Se reanudó el baile; como la señorita Carr estaba impaciente por encabezar la formación, se pidió a los bailarines que se pusieran en pie, y entonces la curiosidad de Tom Musgrave quedó apaciguada cuando vio que el señor Howard se acercaba y reclamaba la mano de Emma.

—Eso también me viene bien—fue la respuesta de lord Osborne cuando su amigo le llevó la noticia, y, de hecho, se mantuvo en todo momento junto a Howard durante los dos bailes.

Esa continua presencia de lord Osborne fue para Emma la única parte incómoda de haber aceptado el baile, y la única objeción que le podía poner al señor Howard. Por lo que respectaba a éste, la joven pensó que era tan agradable como parecía; aunque sólo charlaba de cuestiones triviales, tenía un modo sensato y sencillo de expresarse que hacía que valiese la pena escucharle, y Emma sólo hubo de lamentarse para sus adentros de que el señor Howard no hubiera conseguido que su pupilo tuviese unos modales tan buenos como los de él.

Las dos piezas le parecieron muy cortas, como le confirmó la opinión de su pareja de baile. Cuando concluyeron, los Osborne y su séquito se dispusieron a marcharse.

—Al fin nos vamos—le dijo Su Señoría a Tom—. ¿Cuánto te vas a quedar en este lugar tan maravilloso? ¿Hasta el amanecer?

—No, no, por Dios, ya te tenido bastante, milord. Le aseguro que no se me va a ver más por aquí después de que tenga el honor de acompañar a lady Osborne a su carruaje. Luego me retiraré con la mayor discreción al rincón más apartado de la casa, pediré un barril de ostras y me quedaré ahí tan a gusto.

—Ven pronto al castillo, y me cuentas qué aspecto tiene esa joven a la luz del día.

Emma y la señora Blake se despidieron como si fueran viejas amigas, y Charles le dio la mano y se despidió de ella al menos una docena de veces. De las señoritas Osborne y Carr recibió algo así como una sacudida a modo de reverencia cuando pasaron por delante de ella, e incluso lady Osborne le dirigió una mirada condescendiente; y Su Señoría llegó a regresar al salón después de que los otros hubieran salido, para «pedirle mil perdones» y buscar en el asiento de la ventana de detrás de ella los guantes que era visible que llevaba comprimidos en la mano.

Como no se vio más a Tom Musgrave, podemos suponer que consiguió llevar a cabo su plan, e imaginárnoslo mortificado con su barril de ostras en aburrida soledad, o bien

ayudando alegremente en el bar a la patrona a preparar más *negus*¹³ para los alegres bailarines de arriba. Sin que lo pudiera evitar, Emma echó de menos al grupo que tanto la había honrado, aunque en algunos aspectos le hubiera sido desagradable; y las dos piezas que siguieron y con las que concluyó el baile resultaron bastante sosas en comparación con las anteriores. Como el señor Edwards tuvo buena suerte en el juego, fueron de los últimos en marcharse.

–Bueno, pues ya estamos aquí otra vez –comentó Emma apesadumbrada conforme entraban en el comedor, en el que la mesa estaba preparada y la pulcra doncella principal encendía las velas–. Mi querida señorita Edwards, ¡qué pronto se ha terminado! Ojalá volviera todo a empezar...

Le manifestaron mucho agrado y satisfacción porque hubiese disfrutado tanto de la velada; y el señor Edwards fue tan vehemente como ella al elogiar la variedad, esplendor y animación de la reunión, pese a que, como se había pasado todo el tiempo en la misma mesa de la misma habitación, con un único cambio de silla, cabría pensar que no se hubiese fijado mucho. No obstante, había ganado cuatro partidas de cinco, así que todo iba espléndidamente. Su hija se benefició de ese estado de satisfacción en el transcurso de los comentarios y repaso del baile que siguieron mientras se tomaban la reconfortante sopa.

–¿Cómo es que no has bailado con ninguno de los señores Tomlinson, Mary? –le preguntó su madre.

–Siempre tenía ya pareja cuando me lo pedían.

–Creía que las últimas dos piezas las ibas a bailar con el señor James; la señora Tomlinson me dijo que él te las iba a pedir, y dos minutos antes yo te había oído decir que no tenías pareja.

–Sí... pero es que... hubo un error... no me había enterado bien... y no sabía que ya tenía pareja. Creía que era para los dos siguientes, en el caso de que aún siguiéramos allí, pero el capitán Hunter me aseguró que era para esos dos de entonces.

–Así que terminaste con el capitán Hunter, Mary... –dijo su padre–. ¿Y con quién empezaste?

–Con el capitán Hunter –contestó ella en tono muy recatado.

–Vaya... Bueno, al fin y al cabo eso es ser constante. Pero ¿con quién más has bailado?

–Con el señor Norton y el señor Styles.

–¿Y quiénes son?

–El señor Norton es primo del capitán Hunter.

–¿Y el señor Styles?

–Uno de sus mejores amigos.

–Y todos pertenecen al mismo regimiento –añadió la señora Edwards–. Mary ha estado rodeada de casacas rojas toda la noche. Confieso que me habría gustado más verla bailar con algunos de nuestros vecinos de toda la vida...

–Sí, sí, claro, no debemos desatender a nuestros vecinos de toda la vida, pero, si estos soldados son más rápidos que los demás en un salón de baile, ¿qué quieres que hagan las señoritas?

–No creo que haya motivo para que éstas concedan bailes con tanta antelación, señor Edwards.

–No, tal vez no... pero recuerdo muy bien cuando tú y yo hacíamos lo mismo, querida.

La señora Edwards no dijo más, y Mary volvió a respirar. Siguieron muchos comentarios jocosos, y después Emma se fue a dormir entusiasmada y con la cabeza llena de Osbornes, Blakes y Howards.

Por la mañana acudieron gran cantidad de visitas. Era costumbre del lugar pasarse siempre a ver a la señora Edwards el día después de un baile, tendencia esta que, en ese caso concreto, era aún mayor por la curiosidad general que despertaba Emma en la vecindad, ya que todo el mundo quería volver a ver a la joven que tan admirada había sido por lord Osborne la noche anterior.

Muchos fueron los ojos que la examinaron, y diversos los grados de aprobación. Algunos no vieron ningún defecto, y otros ninguna belleza. Para algunos, su cutis moreno aniquilaba cualquier encanto, y a otros no se les podía convencer de que fuese ni la mitad de atractiva que Elizabeth Watson diez años antes. La mañana transcurrió tranquilamente hablando de los méritos del baile con toda esa sucesión de visitas, hasta que Emma se sorprendió al ver de pronto que ya eran las dos y no tenía noticias del carro de su padre. Al darse cuenta, fue dos veces a la ventana a examinar la calle, y cuando estaba a punto de pedir permiso para tocar la campana y preguntar al servicio, el sonido de un carruaje ligero que llegaba a la puerta la tranquilizó. Se acercó de nuevo a la ventana, pero en lugar del vehículo –práctico pero muy poco distinguido– de la familia, lo que vio fue un deslumbrante carruaje abierto de dos caballos. Justo a continuación anunciaron al señor Musgrave, lo que hizo que la señora Edwards pusiera su cara más estirada. Sin embargo, él no se dejó amedrentar en lo más mínimo por ese frío recibimiento, sino que fue saludando a todas las señoras con naturalidad y propiedad, y, al dirigirse a Emma, le entregó una nota que tenía el honor de llevarle de parte de la hermana de ésta, pero a la que debía hacer constar que era necesario añadir una postdata verbal de él.

La nota, que Emma empezó a leer *antes* de que la señora Edwards le pidiera que no se anduviese con ceremonias, contenía unas pocas líneas de Elizabeth en las que le informaba de que su padre, como consecuencia de encontrarse mucho mejor de lo habitual, había tomado la repentina decisión de asistir a la visita pastoral de ese día, y, como iba a ir en dirección muy distinta a la de D., era imposible que Emma volviese a casa hasta la mañana

siguiente, a menos que los Edwards se encargaran de mandarla de algún modo, lo que no parecía muy probable, o encontrase algún medio de transporte, o no le importara ir caminando hasta allá.

Apenas terminada de leer la nota, no le quedó más remedio que atender a las explicaciones de Tom Musgrave:

—La he recibido de las bellas manos de la señorita Watson hace tan sólo diez minutos. Me la he encontrado en el pueblo de Stanton, adonde mi buena estrella me ha incitado a dirigir los caballos. En ese momento ella buscaba a alguien que le hiciese el recado, y yo he tenido la fortuna de convencerla de que no encontraría mensajero más dispuesto o veloz que yo. Fíjese que no digo que lo haga desinteresadamente. Mi recompensa será el gusto de llevarla a Stanton en mi carruaje. Aunque no estén escritas, le traigo las indicaciones de su hermana en ese sentido.

Emma se sintió agobiada; no le gustaba la propuesta, pues no quería intimar con quien se la hacía, pero, a la vez, como no quería abusar de la hospitalidad de los Edwards y deseaba regresar a casa, no se decidía a rechazar rotundamente la invitación. La señora Edwards continuaba callada, ya fuera porque no entendía lo que ocurría o porque esperaba a ver qué prefería la joven. Emma le dio las gracias al señor Musgrave, pero afirmó que no quería causarle tantas molestias. «No era ninguna molestia, sino un honor, un placer y un deleite. Sus caballos y él no tenían nada mejor que hacer.» Aun así, Emma no estaba segura: «Con su venia, creía que debía declinar su ayuda... Esa clase de carruaje le daba bastante miedo... Podía hacer el trayecto a pie...». La señora Edwards dejó de guardar silencio. Inquirió por los detalles y luego dijo:

—Estaremos encantadísimos de que nos conceda el placer de su compañía hasta mañana, señorita Emma; pero, en el caso de que no le sea lo más conveniente, tiene nuestro carruaje a su disposición, y a Mary le agradará esa oportunidad de ver a su hermana.

Era justo lo que Emma estaba deseando, con lo que aceptó el ofrecimiento muy agradecida, reconociendo que, como Elizabeth se había quedado sola, quería llegar a casa a tiempo de cenar con ella. Mas el visitante se opuso al plan con toda vehemencia:

—¡De ninguna de las maneras! No me puede privar del gusto de que yo la acompañe. Le aseguro que no tiene nada que temer de mis caballos; hasta podría guiarlos usted misma. *Todas sus hermanas* saben lo pacíficos que son, y ninguna tiene el menor reparo a que yo las lleve, aunque sea por una pista de carreras. Créame —añadió bajando la voz— cuando le digo que está totalmente segura; yo soy el único que corre peligro...

Con eso no consiguió que Emma estuviese más dispuesta a aceptar.

—Y en cuanto a lo de usar el carruaje de la señora Edwards al día siguiente de un baile, le aseguro que es algo inaudito que se sale por completo de la costumbre; el viejo cochero se pondrá tan negro como sus caballos. ¿Verdad, señorita Edwards?

Nadie le hizo caso. Las damas se mantuvieron firmes en su silencio, y el caballero no tuvo más remedio que rendirse.

–¡Qué baile más espléndido el de anoche! –exclamó éste tras una breve pausa–. ¿Cuánto tiempo siguieron allí, después de que los Osborne y yo nos fuéramos?

–Hubo dos piezas más.

–En mi opinión, resulta demasiado fatigoso quedarse hasta tan tarde. Supongo que no se formaría una fila de baile muy llena...

–Pues sí, igual de llena que siempre, salvo por la ausencia de los Osborne. Parecía como si no hubiese ningún hueco libre por ninguna parte, y todo el mundo bailó con mucho brío hasta el final.

Fue Emma quien replicó eso, aunque le produjese cierto remordimiento de conciencia.

–¡Vaya! De haberlo sabido, tal vez me hubiera vuelto a pasar, porque me gusta bastante bailar... La señorita Osborne es una joven encantadora, ¿verdad?

–No me parece atractiva –contestó Emma, a quien él se dirigía principalmente.

–Puede que no sea especialmente atractiva, pero sus modales son deliciosos. Y Fanny Carr es una jovencita muy interesante. Cuesta imaginar a nadie tan ingenuo como agudo. ¿Y qué opina de lord Osborne, señorita Watson?

–Que resultaría igual de apuesto aunque no fuese lord, y quizá... si estuviese mejor educado; si se mostrara más deseoso de agradar y se le viese más contento de estar en un buen sitio.

–¡Santo cielo, qué severa es usted con mi amigo! Le aseguro que lord Osborne es muy buena persona.

–No discuto sus virtudes, pero no me gusta su aire negligente.

–Si no fuera porque estaría traicionando lo que él me ha confiado en privado –contestó Tom mirándola con cierto engreimiento–, tal vez consiguiese que tuviera usted mejor opinión del pobre Osborne.

Emma no lo animó a que le contase nada, así que se tuvo que callar el secreto de su amigo. También tuvo que poner fin a su visita, ya que la señora Edwards mandó que llevaran el carruaje y Emma debía prepararse para marchar sin la menor demora. La señorita Edwards la acompañó a casa, pero, como al llegar a Stanton era la hora de cenar, sólo permaneció allí unos minutos.

–Y ahora, mi querida Emma –le dijo la señorita Watson en cuanto estuvieron a solas–, tienes que hablarme sin parar el resto del día o no me quedaré contenta. Pero, primero, que traiga Nanny la cena. Pobrecita mía, no vas a cenar igual de bien que ayer, ya que sólo

tenemos un poco de ternera frita. ¡Qué bien le sienta a Mary Edwards la capa nueva! Venga, cuéntame qué te han parecido todos y lo que he de decirle a Sam. Ya he empezado a escribirle la carta; Jack Stokes se pasará mañana a recogerla, ya que su tío se va al otro a menos de un kilómetro de Guildford.

Nanny llevó la cena.

–Nos vamos a servir nosotras mismas –continuó Elizabeth–, y así no perdemos tiempo. ¿De modo que no has querido que Tom Musgrave te trajera a casa?

–No. Como me contaste tanto en su contra, no quería deberle ese favor ni tener con él el grado de intimidad al que el uso de su carruaje me habría obligado. Y tampoco me gustaba lo que hubiera podido pensar la gente de vernos juntos...

–Has hecho muy bien, aunque me sorprende que hayas podido contenerte; no creo que yo lo hubiese conseguido. Parecía tener tantas ganas de ir a por ti que no podía decirle que no, pese a que me resistía a darle ocasión de que estuvierais juntos, de lo bien que me conozco sus tretas; pero es que estaba deseando verte y me ha parecido una forma excelente de que vinieras a casa; además, tampoco es cuestión de ser demasiado remilgadas. Quién iba a decir que los Edwards te dejarían su carruaje, después de que los caballos hubieran estado anoche fuera hasta tan tarde. Bueno ¿y qué le escribo a Sam?

–Si te dejas guiar por mí, yo no lo animaría a que siga pensando en la señorita Edwards. Es obvio que el padre está en contra de él, la madre no le muestra ningún favoritismo, y dudo que la hija sienta algo por Sam. Mary bailó dos veces con el capitán Hunter, al que creo que en general le da todo el pie que le permiten su disposición y circunstancias. Mencionó a Sam una vez, y desde luego con cierta turbación, pero tal vez eso sólo se debiese a que sabe que le gusta, ya que es muy probable que se haya enterado.

–Sí, claro, nos lo ha oído decir a todas un montón de veces. Ay, pobre Sam... Otro que no tiene suerte... Créeme cuando te digo, Emma, que sufro por quienes se llevan desengaños amorosos... En fin, empieza a contármelo todo tal y como ocurrió.

Emma obedeció, y Elizabeth la escuchó sin apenas interrumpirla hasta que supo que el señor Howard había sido pareja suya:

–¡Santo cielo! ¿Que bailaste con el señor Howard? ¡No me digas! ¡Pero si es uno de los grandes! ¿No lo encontraste muy estirado?

–Sus modales son de la clase que a *mí* me inspiran mucha más tranquilidad y confianza que los de Tom Musgrave.

–Bueno, sigue. Yo habría estado asustadísima si hubiera tenido algo que ver con el grupo de los Osborne.

Emma concluyó su relato.

—Entonces ¿de verdad que no bailaste con Tom Musgrave? Pero debió de caerte bien y causarte muy buena impresión...

—No, no me cae bien, Elizabeth. Admito que su persona y porte son buenos, y que hasta cierto punto sus modales, o más bien su forma de dirigirse a una, son agradables. Pero no veo nada más en él que sea digno de admiración. Por el contrario, parece muy vanidoso, muy creído y con unas ganas absurdas de destacar, para lo cual adopta algunas medidas totalmente deleznable. Tiene algo ridículo que me entretiene, pero, por lo demás, su compañía no me produce ninguna otra sensación grata.

—Pero ¡mi queridísima Emma! Mira que eres de lo que no hay... Menos mal que no está Margaret... A mí no me ofendes, aunque me cuesta creerte, pero Margaret nunca te perdonaría esas palabras.

—Ojalá Margaret lo hubiera oído asegurar que desconocía que ella se había ausentado del condado; dijo que creía que la había visto tan sólo dos días antes.

—Sí, eso es muy propio de él, y, sin embargo, es el hombre que Margaret se cree que está locamente enamorado de ella. Sabes bien que no le tengo especial aprecio, Emma, pero, de todos modos, te tuvo que parecer agradable. ¿Puedes, con la mano en el corazón, afirmar que no?

—Pues claro que puedo, y con las dos manos extendidas al máximo.

—A saber qué hombre te parecerá agradable a ti...

—Uno llamado Howard.

—¿Howard? Dios mío, pero si sólo me lo imagino jugando a las cartas con lady Osborne con aire engreído. De todos modos, reconozco que es un alivio para mí que pienses eso de Tom Musgrave; tenía yo mis recelos de que te llegase a gustar demasiado... Hablaste de él tan categóricamente de antemano, que me daba miedo y pena que ese fanfarroneo tuyo recibiera su castigo. Lo único que espero es que te dure, y que él no te dedique demasiadas atenciones; es muy difícil para una mujer resistirse a las adulaciones de un hombre cuando éste se empeña en agradarla.

Cuando concluyó su pequeña cena, que había transcurrido tranquila y afablemente, la señorita Watson no pudo menos que comentar lo amena que le había sido:

—Cuánto me complace que las cosas se desarrollen en paz y buen humor. Ni te imaginas lo mucho que odio discutir. Aunque sólo hemos tomado ternera frita, qué buena me ha sabido. Ojalá todo el mundo fuese tan fácil de satisfacer como tú, pero la pobre Margaret es muy irascible, y la propia Penelope reconoce que prefiere seguir discutiendo a no hacer nada.

El señor Watson volvió por la noche sin que se sintiera peor por el esfuerzo de ese día, y, por lo tanto, contento de lo que había hecho y encantado de contarle junto al fuego.

Emma no había previsto que le pudiera interesar mucho nada de lo sucedido en una visita pastoral, pero, cuando oyó que el predicador había sido el señor Howard, y que éste había dado un sermón excelente, prestó mucha más atención.

—No recuerdo haber escuchado nunca una disertación más acorde con mis ideas — continuó el señor Watson—, o mejor pronunciada. Lee muy bien, con gran corrección y de un modo muy impresionante, y, a la vez, sin ninguna teatralidad o dramatismo. Confieso que no me gusta que haya demasiada acción en el púlpito; no me gustan ese aire estudiado y las inflexiones artificiales de voz que suelen tener los predicadores más populares y admirados. Una expresión sencilla contribuye mucho mejor a inspirar devoción, y demuestra mucho mejor gusto. El señor Howard ha leído como un erudito y como un caballero.

—¿Y qué ha comido, señor? —preguntó su hija mayor.

Les habló de los distintos platos y de lo que había tomado él.

—En general ha sido un día muy agradable —añadió—. Mis viejos amigos se han sorprendido de verme aparecer, y debo decir que todos han estado muy atentos conmigo y parecían apenados por mi estado de invalidez. Me han hecho sentarme cerca del fuego, y, como tenía las perdices delante y me tapaban, el doctor Richards ha pedido que las pusieran en el otro extremo de la mesa, lo que ha sido muy amable de su parte. Pero lo que más me ha gustado ha sido lo solícito que ha estado el señor Howard. Había un tramo de escalones bastante empinados para subir al comedor en que hemos cenado, lo cual era un impedimento para mi pie gotoso, pero el señor Howard ha subido a mi lado y me ha hecho cogerme de su brazo. Ha sido todo un detalle por parte de un hombre tan joven, por más que yo no tenía el menor derecho a que lo hiciera, ya que era la primera vez que lo veía. Por cierto, que me ha preguntado por una de mis hijas, pero no sé por cuál. Supongo que vosotras lo sabréis.

Tres días después del baile, mientras a las tres menos cinco Nanny entraba muy ajetreada en la sala con la bandeja y los cubiertos, ésta fue de pronto reclamada en la puerta principal al sonar el golpe más seco que la punta de una fusta pueda producir; y, por más que la señorita Watson le indicó que no dejara entrar a nadie, volvió al medio minuto con expresión nerviosa y consternada para abrirles la puerta de la sala a lord Osborne y Tom Musgrave.

Bien podrá imaginarse la sorpresa de las jóvenes. En ese momento nadie habría sido bien recibido, pero que se tratara de tales visitantes —o al menos de uno como lord Osborne, noble y con poco trato con ellas— suponía una situación muy violenta. Él mismo parecía un poco azorado cuando, al ser presentado por su extrovertido y locuaz amigo, farfulló que era un honor pasarse a saludar al señor Watson. Aunque Emma no pudo menos que atribuirse el cumplido de esa visita, lejos estaba de que le agradase. Era muy consciente de la contradicción de mantener ese tipo de relación viviendo del modo tan humilde al que se veían obligados; y como en casa de su tía se había acostumbrado a gran

cantidad de refinamientos, sabía perfectamente que había muchas cosas en su presente hogar de las que personas más ricas podrían burlarse.

A Elizabeth no la abrumaban pensamientos tan dolorosos; su mente más sencilla, o su razón más realista, le ahorran esa mortificación, y, aunque la intimidase cierta idea general de su inferioridad, no sentía ninguna vergüenza concreta. El señor Watson, como Nanny ya había comunicado a los caballeros, no se encontraba bien y no había bajado; muy consternados por su estado de salud, tomaron asiento: lord Osborne cerca de Emma, y el práctico señor Musgrave, muy animado por la importancia de su papel allí, al otro lado de la chimenea con Elizabeth. A él no le faltaban las palabras, mientras que, después de que manifestase su deseo de que Emma no hubiese cogido frío en el baile, lord Osborne ya no tuvo nada más que decir durante algún tiempo, que dedicó a deleitarse la vista mirando de vez en cuando a su bella acompañante.

A Emma no le nacía preocuparse en exceso de que lord Osborne estuviese entretenido; así que, tras un duro esfuerzo mental, éste comentó que hacía muy buen día, a lo que siguió una pregunta:

–¿Han salido a pasear esta mañana?

–No, milord. Nos ha parecido que estaba todo demasiado embarrado.

–Deberían usar botines. –Y, tras otra pausa, añadió–: Nada resalta mejor un tobillo bonito que un botín; los de nanquín ribeteados de piel negra están muy bien. ¿Es que no le gustan los botines?

–Sí, pero a menos que sean tan resistentes como bonitos, no sirven para caminar por el campo.

–Cuando está embarrado, las damas deberían dedicarse a montar. ¿Monta usted?

–No, milord.

–Me sorprende que no monten todas las damas. Cuando mejor luce una mujer es a caballo.

–Pero puede que a todas las mujeres no les guste, o no dispongan de medios.

–Si supieran lo bien que lucen, a todas les gustaría, y digo yo, señorita Watson, que una vez que les gustara, enseguida encontrarían los medios.

–Su Señoría se cree que las mujeres siempre nos salimos con la nuestra. Es un punto de discusión entre damas y caballeros desde tiempos inmemoriales. Sin embargo, y sin que pretenda zanjarlo, puedo afirmar que hay circunstancias que ni siquiera las mujeres pueden controlar. Las economías femeninas son capaces de mucho, milord, pero no pueden transformar una renta pequeña en una grande.

Con eso calló a lord Osborne. La actitud de Emma no había sido sentenciosa ni sarcástica, pero había algo en su amable seriedad, así como en las palabras en sí, que dio que pensar a Su Señoría; y cuando se volvió a dirigir a ella, fue con un considerable grado de propiedad totalmente distinto al estilo entre torpe y audaz de sus anteriores comentarios. Era nuevo para él querer complacer a una mujer; era la primera vez que se daba cuenta del tacto que debía tener con una en la situación de Emma; y, como no carecía de sentido común ni de buena disposición, el descubrimiento no cayó en saco roto.

–Tengo entendido que no lleva aquí mucho tiempo –dijo en el tono propio de un caballero–. Espero que le agrade.

Fue recompensado con una respuesta mucho más gentil, y una visión más completa y generosa del rostro de Emma de la que ella le había permitido hasta entonces. Al no tener costumbre de hacer tantos esfuerzos, y ser feliz contemplándola, lord Osborne pasó a guardar silencio unos minutos más, mientras Tom Musgrave no dejaba de parlotear con Elizabeth, hasta que los interrumpió la aparición de Nanny, la cual, entreabriendo la puerta y asomando la cabeza, dijo:

–Perdone, señora, pero es que el señor quiere saber por qué no ha cenado aún.

Los caballeros, que hasta ese momento habían hecho caso omiso a cualquier señal, por muy evidente que fuese, de que se acercaba el momento de esa comida, ahora se pusieron en pie de un salto llenos de disculpas, al tiempo que Elizabeth le indicaba rápidamente a Nanny que «dijese a Betty que subiera el pollo».

–Lo lamento –añadió volviéndose con jovialidad hacia Musgrave–, pero ya sabe las horas tan tempranas que guardamos en esta casa.

Tom no tuvo nada que contestar por su parte; lo sabía muy bien, y esa sincera franqueza, esa honradez sin tapujos, lo desconcertó bastante. Lord Osborne tardó algún tiempo en hacer sus cumplidos de despedida, pues sus ganas de hablar parecían aumentar conforme menos tiempo tenía. Recomendó que hicieran ejercicio aunque hubiese barro, volvió a ensalzar los botines, rogó a Emma que permitiera que su hermana le enviase la dirección de su zapatero, y concluyó diciendo:

–Estaremos de caza con los perros por aquí la semana que viene. Yo creo que saldremos del bosque de Stanton el miércoles a las nueve. Se lo comento por si les apetece salir a ver cómo nos va. Si hace una mañana pasable, les ruego que nos hagan el honor de desearnos buena suerte en persona.

Las hermanas se miraron atónitas cuando sus visitantes se hubieron marchado.

–¡Qué honor más inesperado! –exclamó Elizabeth al fin–. ¡Quién se habría imaginado que lord Osborne fuese a venir a Stanton! Es muy apuesto, pero Tom Musgrave es con diferencia el más elegante y distinguido de los dos. Me alegro de que lord Osborne no me haya hablado, porque no habría sabido qué decirle a alguien tan importante. Tom ha estado muy agradable, ¿verdad? Eso sí, ¿lo has oído preguntar que dónde estaban las

señoritas Penelope y Margaret al poco de llegar? Me ha sacado de quicio... Menos mal que Nanny no había puesto el mantel todavía, por lo embarazoso que habría resultado... Que estuviera la bandeja tampoco venía a ser nada.

Decir que a Emma no la halagó la visita de lord Osborne sería tanto afirmar algo muy poco probable como describir a una joven muy rara; pero esa satisfacción no era absoluta, pues el que él hubiera ido a su casa era dedicarle una atención que podría halagar a su vanidad, pero que no convenía a su orgullo, y Emma habría preferido saber que lord Osborne quería visitarla, sin que llegara a atreverse a hacerlo, que verlo presentarse en Stanton. Entre otros pensamientos desagradables, llegó a preguntarse por qué el señor Howard no habría aprovechado la visita de Su Señoría para ir él también, pero enseguida se convenció de que no se habría enterado, o bien habría declinado ser partícipe de una medida que había sido llevada a cabo de un modo que tenía tanto de impertinencia como de buena educación.

Lejos estuvo el señor Watson de quedar complacido cuando se enteró de lo que había pasado. Malhumorado por el dolor que padecía en ese momento, y poco proclive a que nada le agradase, tan sólo replicó:

—¡Bah, bah! ¿A santo de qué tenía que venir lord Osborne? Llevo viviendo aquí catorce años sin que nadie de esa familia se haya dignado a reparar en mí. Habrá sido alguna payasada de ese vago de Tom Musgrave. No puedo devolverle la visita, ni se la devolvería en el caso de que pudiera.

Y cuando volvieron a ver a Tom Musgrave, le encargaron que transmitiese en el castillo Osborne las disculpas del señor Watson, con la excusa muy convincente de que su delicado estado de salud le impedía ir.

Pasaron una semana o diez días después de la visita sin que nada alterase ni siquiera por unas horas la sosegada y afectuosa relación de las dos hermanas, cuyo afecto mutuo aumentaba conforme el trato les permitía ir conociéndose más íntimamente. La primera circunstancia que interrumpió esa tranquilidad fue la recepción de una carta de Croydon en que se anunciaba el inmediato regreso de Margaret, así como la visita de dos o tres días del señor y la señora de Robert Watson, quienes se iban a encargar de llevarla a casa y querían ver a su hermana Emma.

Era una llegada que dio mucho de que hablar en Stanton a las dos hermanas, y que tuvo muy ocupada al menos a una de ellas; pues como su cuñada Jane era una mujer pudiente, los preparativos para recibirla tenían que ser considerables, y como Elizabeth siempre ponía más buena voluntad que buen método en el gobierno de la casa, no podía llevar a cabo ningún cambio sin organizar mucho alboroto.

Por su ausencia de catorce años, para Emma todos sus hermanos y hermanas eran unos desconocidos, pero en el caso de Margaret había más que lo meramente violento de reencontrarse tras esa separación, pues Emma había oído cosas de ella que la llevaban a temer su regreso; y el día en que todos llegaron a Stanton le pareció el que probablemente pusiera punto final a casi todo lo que hasta entonces le había sido grato en la casa.

Robert Watson era un abogado de mucho éxito en Croydon, muy satisfecho consigo mismo por esa razón y por haberse casado con la única hija del abogado de quien había sido pasante, la cual había heredado seis mil libras. Su esposa no estaba menos orgullosa de sí misma por haber aportado esas seis mil libras al matrimonio y ahora poseer una casa muy distinguida en Croydon, en la que daba fiestas muy refinadas y lucía vestidos muy elegantes. No había nada destacable en su persona: sus modales eran descarados y engreídos. Margaret no carecía de belleza; tenía una figura delgada y bonita, y le faltaba más un rostro bonito en conjunto que buenos rasgos; pero la expresión severa y ansiosa de su cara hacía que, en general, se le notara poco esa belleza. Al encontrarse con su hermana tanto tiempo ausente, como en cualquier otra ocasión de lucimiento propio, su actitud fue toda afecto y su voz toda ternura; siempre recurría a continuas sonrisas y a una articulación muy pausada cuando estaba decidida a agradar.

Estuvo tan «encantada de ver a la queridísima Emma», que pasó un minuto sin apenas poder decir nada más.

–Estoy segura de que vamos a ser grandes amigas –le dijo con mucha sensiblería cuando se sentaron juntas. Emma apenas supo qué contestar a esa afirmación, como tampoco era capaz de igualar el modo en que había sido dicha. La señora de Robert Watson la observaba con una curiosidad que se tomaba muchas libertades y una compasión que tenía mucho de triunfo propio: lo que más había tenido presente al conocerla era que Emma había perdido la fortuna de su tía, y, por lo tanto, no podía menos que considerar que más valía ser hija de un rico propietario de Croydon que sobrina de una anciana que se había arrojado en brazos de un capitán irlandés.

Robert mostraba la amabilidad indolente propia de un hermano que era un hombre próspero; parecía más interesado en arreglar cuentas con el postillón, quejándose del desorbitado adelanto que le había dado y considerando si debía entregarle la media corona que pedía, que en encontrarse con una hermana que ya no era probable que fuese a heredar unas posesiones de las que él pudiera hacerse cargo.

–El camino que atraviesa el pueblo es infame, Elizabeth –dijo–; está peor que nunca. Santo cielo, es que me darían ganas de poner una denuncia si viviese por aquí. ¿Quién es ahora el topógrafo?

Habían dejado en Croydon a una pequeña sobrina por la que se interesó con mucho cariño la bondadosa Elizabeth, la cual lamentó mucho que no los hubiera acompañado.

–Eres muy amable –contestó la madre de la criatura–, y te aseguro que a Augusta no le hizo ninguna gracia que nos viniéramos sin ella. Tanto es así, que no me quedó más remedio que decirle que sólo íbamos a la iglesia y que volveríamos enseguida. Pero es que ya sabes que no sería nada conveniente traerla sin su doncella, y sigo siendo igual de exigente en que debe estar atendida como corresponde.

–¡Qué niñita más encantadora! –exclamó Margaret–. Me ha dado mucha pena dejarla allí...

—Entonces ¿por qué tenías tanta prisa en irte de casa? —replicó la mujer de Robert—. Estás hecha una ingrata. He venido discutiendo contigo todo el camino, ¿a que sí?, porque desde luego nunca se ha visto una visita como la tuya. Sabéis que estamos encantados de recibirlos a cualquiera de vosotras en casa, aunque sea una estancia de muchos meses. Pero, en fin —añadió con una sonrisa maliciosa—, cuánto lamento que Croydon no haya sido de tu agrado este otoño...

—Queridísima Jane, no me abrumes con tus pullas, por favor. Conoces muy bien los motivos de que me tuviera que volver a casa, así que te ruego que no te metas conmigo, que no estoy a la altura de tus agudezas y picardías.

—Bueno, yo lo único que te pido es que no pongas a los demás en contra de nuestra ciudad. Tal vez podamos convencer a Emma para que se venga con nosotros y se quede hasta Navidad, siempre que tú no interfieras.

Emma le estuvo muy agradecida.

—Te aseguro que estamos muy bien relacionados en Croydon. A los bailes no asisto mucho porque va gente de todo tipo, pero las fiestas que damos nosotros son muy selectas y amenas. La semana pasada tuve siete mesas de juego en el salón. ¿Te gusta el campo? ¿Estás a gusto en Stanton?

—Sí, mucho —contestó Emma, quien consideró que esa clase de respuesta genérica sería la más apropiado. Entonces vio que su cuñada la despreciaba de inmediato. En efecto, la señora de Robert Watson se estaba preguntando a qué clase de hogar habría estado acostumbrada Emma en Shropshire, y concluyó que la tía de ésta jamás habría podido poseer seis mil libras.

—Qué encantadora es Emma... —le susurró Margaret a la mujer de Robert en su tono más lánguido. Ese comportamiento preocupó mucho a Emma, a lo que no contribuyó a mejorar que cinco minutos después oyera a Margaret preguntar a Elizabeth de un modo áspero y airado, totalmente distinto al anterior:

—¿Has sabido algo de Penelope desde que se fue a Chichester? Recibí una carta suya el otro día. No me parece que vaya a conseguir nada. Va a volver igual de «señorita Penelope» que se marchó.

Emma se temió que ésa fuera a ser la voz habitual de Margaret cuando se pasase la novedad de su regreso a casa, mientras que el otro tono era pura sensiblería falsa. Entonces se recomendó a las damas que subieran a arreglarse para la cena.

—Espero que lo encuentres todo lo más acogedor posible, Jane —le dijo Elizabeth al abrirle la puerta del cuarto de invitados.

—Querida mía —contestó Jane—, no te andes conmigo con ceremonias, te lo ruego. Soy de esas a las que todo les parece siempre muy bien. Creo que puedo alojarme en una habitación pequeña dos o tres días sin problemas. Quiero que me tratéis como *en*

famille cuando vengo a veros; y, por cierto, también espero que no nos hayáis preparado demasiada cena. Ya sabes que no somos de cenar mucho.

–Supongo que tú y yo iremos a estar juntas –le dijo Margaret a Emma con cierta acritud–, porque Elizabeth siempre se encarga de tener un cuarto para ella sola.

–No, Elizabeth comparte el suyo conmigo.

–Ah... –respondió Margaret en voz baja, bastante contrariada al enterarse de que no la iban a perjudicar–, pues lamento no poder contar con el placer de tu compañía, sobre todo porque me pone muy nerviosa estar mucho sola.

Emma fue la primera en volver a la sala, en la que, al entrar, se encontró con que sólo estaba su hermano.

–Bueno, Emma –dijo éste–, eres como forastera aquí en casa. Se te debe de hacer raro estar aquí. ¡Vaya la que ha montado la tía Turner! Si es que a una mujer nunca se le debería confiar dinero... Siempre he dicho que te tendría que haber asignado una renta en cuanto falleció su marido.

–Pero eso habría sido confiarme dinero a mí –replicó Emma–, que también soy mujer...

–Se podría haber dispuesto de manera que lo disfrutases en el futuro sin que ahora pudieses tocarlo. Qué duro debe de haber sido para ti... Encontrarte con que, en lugar de ir a heredar ocho o nueve mil libras, te devuelven sin un penique para que seas una carga para tu familia... Espero que la buena señora lo pague con creces...

–No hables de esa forma tan irrespetuosa de ella. Conmigo se portó muy bien, y si ha hecho una elección imprudente, más lo sufrirá ella que todo lo que se suponga que pueda sufrir yo.

–No quiero que te enfades, pero sabes que todo el mundo va a pensar que es una anciana loca. Creía que se consideraba a Turner un hombre muy juicioso e inteligente. Entonces ¿cómo demonios es que llegó a hacer ese testamento?

–Para mí, al buen criterio de nuestro tío no lo pone en tela de juicio en absoluto el que tuviera mucho afecto a su mujer, que fue con él una esposa excelente. Las mentes más generosas y preclaras siempre son las más confiadas. Lo que ha sucedido es un infortunio, pero eso no quita para que yo recuerde a nuestro tío con más cariño aún, si es que eso es posible, por esa prueba suya del respeto y consideración que sentía por nuestra tía.

–Qué cosas más raras dices... Podría haber dejado bien situada a su viuda sin tener que entregarle todo o parte de lo que tenía para que dispusiera según su albedrío.

–Puede que nuestra tía haya cometido un error –contestó Emma acaloradamente–; bueno, *ha* cometido un error, pero el comportamiento de nuestro tío no tiene tacha. Como yo era sobrina de ella, él le concedió la capacidad y el gusto de que me dejase a mí lo que quisiera.

–Pero, lamentablemente, ella le ha concedido a nuestro padre el gusto de que sea él quien te deje algo, cuando nuestro padre carece de esa capacidad. En resumidas cuentas, es en eso en lo que ha quedado la cosa. Después de tenerte alejada de tu familia tanto tiempo que es normal que desaparezca el afecto natural entre nosotros, y de criarte (supongo) a lo grande, ahora te devuelve a esta casa sin un penique.

–Conoces cuál era el triste estado de salud de nuestro tío –dijo Emma mientras intentaba contener las lágrimas–. Estaba más enfermo que nuestro padre y no podía salir de casa.

–No era mi intención hacerte llorar –dijo Robert ablandándose bastante para, tras un breve silencio, añadir con la intención de cambiar de tema–: Acabo de estar en el cuarto de nuestro padre y no lo he visto nada bien. Esta familia va a quedar en una situación muy penosa cuando él fallezca. Qué lástima que no consigáis casaros ninguna... Tienes que venir a Croydon, igual que las otras, a ver lo que puedes hacer allí. Creo que, de haber dispuesto Margaret de mil o mil quinientas libras, había un joven que se habría interesado más por ella.

Emma se alegró cuando se les unió el resto de la familia; prefería tener que observar las galas de su cuñada a seguir escuchando a Robert, que tanto la había irritado como apenado. Su mujer, tan elegante como al llegar, entró disculpándose por su vestido:

–Es que, como no quería haceros esperar, me he puesto lo primero que he visto. Debo de tener una pinta horrible... Mi querido señor Watson –dijo a su marido–, no te has echado más polvos en el pelo.

–No, ni pienso echármelos. Con los que ya llevo, sobraría para mi mujer y todas mis hermanas.

–Por lo menos deberías cambiarte un poco de atuendo para la cena cuando estás de visita, aunque no lo hagas en casa.

–Vaya tontería...

–Qué extraño que no te guste hacer lo mismo que a otros caballeros. El señor Marshall y el señor Hemmings se cambian de traje todos los días para la cena. Y no sé para qué me he molestado en traerte la levita nueva, si no te la pones nunca.

–Bástete con estar tú todo lo elegante que quieras, y deja a tu marido en paz.

Con tal de poner fin a ese altercado y mitigar la evidente irritación de su cuñada, Emma, por más que no estuviera de humor para prestarse a esas estupideces, empezó a elogiar el vestido de la mujer de Robert. De inmediato ésta se mostró muy contenta y satisfecha de sí misma:

–¿Te gusta? Cuánto me alegro. Es un vestido que todo el mundo admira siempre con desmesura, y eso que a veces me parece que me queda grande. Mañana me pondré uno que creo que te va a gustar más. ¿Has visto el que le regalé a Margaret...?

Llegó la hora de la cena y, salvo cuando dirigía la mirada a la cabeza de su marido, la mujer de Robert siguió igual de alegre y locuaz, reprendiendo a Elizabeth por la abundancia de la mesa y negándose rotundamente a que también sirvieran el pavo asado, el cual era la única excepción al anuncio de Elizabeth de que no había más de cenar que lo que vieron al sentarse a la mesa:

–De verdad que te ruego que no saquen hoy el pavo. Asustada estoy con la cantidad de platos que ya hay. Prescindamos del pavo, te lo suplico.

–Pero, querida –contestó Elizabeth–, el pavo ya está asado, así que lo mismo da que lo sirvan o que se quede en la cocina. Además, si lo trinchamos, confío en que a mi padre le entren ganas de probarlo, puesto que es uno de sus platos favoritos.

–Está bien, que lo traigan, querida, pero te aseguro que no lo pienso probar.

El señor Watson no se encontraba lo bastante bien para cenar con ellos, pero lo convencieron para que bajase a tomar el té.

–Espero que podamos jugar a las cartas esta noche –dijo Elizabeth a la mujer de Robert después de instalar cómodamente a su padre en su butaca.

–Que no sea por mí, querida, por favor. Ya sabes que no soy mucho de jugar a las cartas. Prefiero con diferencia una conversación agradable. Como digo siempre, las cartas a veces están muy bien para distender un círculo demasiado formal, pero cuando hay confianza, no hacen falta.

–Yo pensaba en que podría servir para entretener a mi padre –explicó Elizabeth–, en el caso de que a ti no te disgustase. Dice que ya no tiene la cabeza para el *whist*, pero quizá si organizamos alguna partida de otra cosa, le den ganas de sentarse a jugar con nosotros.

–Por supuesto, queridísima mía. Estoy totalmente a tu disposición. Sólo te pido que no me obligues a elegir el juego, sólo eso. Lo que se lleva en Croydon ahora es el «Especulación», pero yo sé jugar a lo que sea. Cuando sólo estáis una o dos en casa, os debe de costar bastante encontrar la forma de entretenerle. ¿Y si lo sonsacáis para que juegue al «Cribbage»? A eso jugábamos Margaret y yo en casa la mayoría de noches que no teníamos ningún compromiso.

En ese momento se oyó el sonido de lo que parecía un carruaje en la distancia, y todos prestaron atención; según se fue volviendo más definido, confirmaron que se trataba de un vehículo que se acercaba. Ese sonido no era nada habitual en el pueblo de Stanton a la hora del día que fuese, ya que no lo atravesaba ningún camino muy transitado y no vivía allí ninguna familia de cierta posición, a excepción de la del párroco. Las ruedas se fueron aproximando rápidamente; a los dos minutos la expectativa general quedó confirmada al detenerse sin lugar a dudas delante de la verja del jardín de la rectoría.

¿Quién podía ser? El vehículo era una calesa. Sólo cabía pensar que se tratara de Penelope. Tal vez se le hubiera presentado alguna oportunidad inesperada de regresar...

Siguió una pausa plena de intriga. Oyeron pasos, primero por el sendero empedrado que conducía por debajo de las ventanas hasta la puerta principal, y luego en el pasillo. Eran pasos de hombre. No podía ser Penelope; debía de ser Samuel.

Se abrió la puerta y apareció Tom Musgrave, envuelto en ropas de viaje. Había estado en Londres y, de camino a casa, se había desviado medio kilómetro para pasarse diez minutos por Stanton. Le encantaba sorprender a la gente con sus visitas inesperadas a horas fuera de lo común, y en este caso tenía el motivo adicional de contar a las señoritas Watson, a las que suponía que encontraría tranquilamente ocupadas con su labor después del té, que iba de vuelta a casa, adonde quería llegar para comer a las ocho¹⁴.

Sin embargo, resultó que no dio una sorpresa tan grande como la que se llevó él cuando, en vez de ser conducido a la salita de costumbre, le abrieron la puerta de la mejor sala, de hojas treinta centímetros más grandes que la de la otra, y vio a un círculo de personas distinguidas, a quienes no pudo distinguir en un primer momento, sentadas con todos los honores propios de tener visita alrededor del fuego, y a la señorita Watson en su mejor mesa Pembroke¹⁵ con su mejor juego de té delante. Permaneció asombrado en silencio unos instantes.

–¡Musgrave! –exclamó Margaret con voz dulce.

Éste recobró la compostura y se les acercó, encantado de encontrarse con tal círculo de amigos y agradeciendo a su buena fortuna esa inesperada alegría. Le dio la mano a Robert, se inclinó ante las damas con una sonrisa y lo hizo todo con mucha desenvoltura; pero, por lo que respectaba a que se dirigiera de manera especial o con particular emoción a Margaret, Emma, que lo observaba atentamente, no percibió nada que no justificase la opinión de Elizabeth, por más que las recatadas sonrisas de Margaret quisieran dar a entender que pensaba que la visita era por ella.

Lo convencieron sin ninguna dificultad para que se quitara el sobretodo y se tomase una taza de té con ellos, «pues lo mismo daba –comentó– que la comida fuese a las ocho o a las nueve», y, sin que pareciera buscarlo, aceptó la silla cerca de Margaret que ésta se apresuró a ofrecerle. Aunque de ese modo ella se aseguraba que sus hermanas no lo pudiesen acaparar, no estaba en su mano protegerlo de las peticiones de su hermano, puesto que, como el propio Musgrave había reconocido que venía de Londres, de donde había salido tan sólo cuatro horas antes, Robert quería enterarse de las últimas noticias y la opinión general de ese día antes de dejarle atender a las peticiones más locales e igual de importantes de las mujeres.

Aun así, Musgrave quedó al fin libre para escuchar a Margaret, quien en voz baja le habló de lo mucho que se temía que hubiera tenido un viaje terrible y espantoso por la oscuridad y el frío.

–La verdad es que no tendría usted que haber salido tan tarde.

–No he podido antes –contestó él–. Me ha entretenido un amigo en el Bedford. A mí todas las horas me parecen iguales. ¿Cuánto hace que volvió, señorita Margaret?

–Hemos llegado esta mañana. Mi hermano y mi cuñada han tenido la amabilidad de traerme esta misma mañana. Qué coincidencia, ¿verdad?

–Ha estado mucho fuera, ¿no? Supongo que una quincena...

–Puede que a usted una quincena le parezca mucho, señor Musgrave –intervino la mujer de Robert con agudeza–, pero a nosotros un mes nos parece muy poco. Le aseguro que la hemos traído a casa al concluir el mes en contra de nuestra voluntad.

–¿Un mes? ¿De verdad que ha estado ausente un mes? ¡Cómo vuela el tiempo!

–Ya podrá imaginarse lo que siento al encontrarme de nuevo en Stanton –dijo Margaret con una especie de susurro–. Ya sabe que no soy muy buena invitada, y además estaba impaciente por ver a Emma. Por un lado temía el encuentro, pero por otro lo deseaba. ¿Comprende ese tipo de emoción?

–En absoluto –afirmó él en voz alta–. Yo jamás temería encontrarme con la señorita Emma Watson... o con cualquiera de sus hermanas.

Afortunadamente añadió ese final.

–¿Me decía algo? –le preguntó Emma al oír su nombre.

–No –contestó Musgrave–, pero estaba pensando en usted, como probablemente lejos de aquí estén haciendo muchos en este momento... Hace buen tiempo, señorita Emma, ideal para salir de caza.

–Emma es encantadora, ¿verdad? –le susurró Margaret–. Supera con creces mis mejores expectativas. ¿Ha visto alguna vez una belleza tan perfecta? Creo que hasta usted se debe de haber hecho partidario de los cutis morenos.

Musgrave vaciló; Margaret era de tez blanca y él no tenía especial interés en hacerle un cumplido, pero como las señoritas Osborne y Carr también lo eran, su devoción por ellas salió ganando.

–La tez de su hermana es todo lo bonita que pueda serlo una oscura –dijo al fin–, pero sigo prefiriendo las pieles blancas. ¿Ha visto a la señorita Osborne? Es mi modelo de tez verdaderamente femenina, y la tiene muy blanca.

–¿Más que yo?

Tom no contestó.

–Les doy mi palabra, señoras –dijo mirando a su alrededor–, de que les estoy muy agradecido por tener la condescendencia de recibirme en su salón en semejante *déshabille*. La verdad es que no me he dado cuenta de lo mal que voy para estar aquí o, de lo contrario, no me hubiera pasado. Lady Osborne me diría que me estoy volviendo tan descuidado como su hijo si me viese con estas pintas.

Las damas no se mostraron remisas en contestarle con mucha cortesía, y Robert Watson, echando un vistazo a su cabeza en el espejo que tenía enfrente, dijo con la misma urbanidad:

–No va usted más en *déshabille* que yo. Hemos llegado tan tarde, que no he tenido tiempo ni de echarme un poco más de polvos en el pelo.

Emma no pudo menos que imaginarse lo que estaría pensando su cuñada en ese momento.

Cuando retiraron todo lo del té, Tom empezó a hablar de marcharse, pero como estaba puesta la vieja mesa de juego, y la señorita Watson sacó del aparador el tablero, las fichas y una baraja bastante limpia, todos le instaron tanto a que se les uniese, que aceptó concederse un cuarto de hora más. Hasta a Emma le agradó que se quedara, pues empezaba a pensar que una reunión estrictamente familiar podía llegar a ser la peor posible, mientras que los demás se mostraron encantados.

–¿Y a qué vamos a jugar? –preguntó él cuando estuvieron de pie alrededor de la mesa.

–Al «Especulación», creo –contestó Elizabeth–. Mi cuñada lo recomienda mucho, así que me figuro que nos gustará a todos. Sé que a usted le gusta, Tom.

–Es a lo único que se juega en Croydon ahora –dijo la mujer de Robert–. Nunca se nos ocurre jugar a ningún otro. Me alegro de que a usted también le guste.

–Ah, bueno, por mí, el que decidan me gustará –exclamó Tom–. He pasado algunas horas agradables con el «Especulación», pero hace mucho que no juego. En el castillo Osborne el que se lleva ahora es el «Veintiuno»; últimamente no he jugado a otra cosa. Les sorprendería el barullo que montamos. Es como si el distinguido y viejo salón de techos altos volviera a vivir. Lady Osborne afirma a veces que ni se puede oír a sí misma. Lord Osborne disfruta muchísimo; es sin excepción el mejor repartidor de cartas que he visto jamás, ¡qué rapidez y brío! No deja que nadie se ensimisme con sus cartas; me encantaría que lo vieran cómo se concentra en las dos suyas. ¡Es todo un espectáculo!

–¡Vaya! –exclamó Margaret–. ¿Y por qué no jugamos al «Veintiuno»? Creo que es mucho mejor juego que el «Especulación». La verdad es que no soy muy aficionada a ése.

La mujer de Robert no dijo nada más en apoyo de su juego. Había quedado derrotada, y las modas del castillo Osborne se impusieron a las de Croydon.

–¿Ve mucho a la familia de la rectoría en el castillo, señor Musgrave? –le preguntó Emma conforme tomaban asiento.

–Ah, sí, sí, casi siempre están allí. La señora Blake es muy agradable y jovial; somos grandes amigos. Y Howard es muy caballeroso y buena persona. Le aseguro que nadie de allí se ha olvidado de usted... Me figuro que de vez en cuando le pitarán a usted un poco los oídos, señorita Emma. ¿No le ocurrió el sábado pasado hacia las nueve o las diez de la

noche? Le voy a contar lo que pasó, porque veo que está deseando saberlo. Le dice Howard a lord Osborne...

Justo en ese momento tan interesante, los otros le pidieron que regulara el juego y resolviese determinado punto de discordia; él se concentró tanto en eso, y después en el desarrollo de la partida, que no volvió a retomar lo que había estado diciendo, y Emma, aun muriéndose bastante de curiosidad, no se atrevió a recordárselo.

Musgrave demostró ser un compañero de juego muy útil en esa mesa, pues, sin él, habría consistido en un grupo de familiares tan cercanos, que tal vez no hubiesen sentido mucho interés o no hubieran estado muy complacientes con los demás, mientras que su presencia les proporcionaba variedad y garantizaba los buenos modales. De hecho, estaba perfectamente capacitado para destacar en una partida de cartas, y no había otras muchas situaciones en que pudiera lucirse tanto. Jugaba con ímpetu y siempre tenía mucho que decir, y, aunque careciese de ingenio, a veces se apropiaba del de algún amigo ausente; tenía un modo muy animado de contar cualquier trivialidad, o de decir una mera nimiedad, que siempre era muy bien recibido en una mesa de juego. En esta ocasión añadió a su forma habitual de entretener a los demás el relato de las costumbres y bromas del castillo Osborne; repitió las agudas ocurrencias de cierta dama, detalló los descuidos de otra, e incluso los entretuvo con la imitación de cómo lord Osborne se concentraba en ambas cartas.

El reloj dio las nueve mientras estaba tan agradablemente ocupado; y cuando Nanny entró con el tazón de gachas del señor Watson, tuvo el gusto de decirle a éste que lo dejaba para que cenase tranquilo mientras él se iba a casa a comer. Pidió que llevasen el carruaje a la puerta y, esta vez, no sirvieron de nada los ruegos de que se quedase un rato más, pues sabía bien que, de hacerlo, tendría que sentarse a cenar con ellos en menos de diez minutos, lo cual sería insoportable para quien no había dejado de afirmar que lo que iba a tomar era la comida.

Al ver que estaba decidido a irse, Margaret empezó a hacer a Elizabeth guiños y señales con la cabeza para que lo invitase a comer al día siguiente; y ésta, incapaz de resistirse a esas indicaciones, que su propio carácter hospitalario y sociable bien secundaban, lo invitó: «Estarían todos encantados de que fuera tan amable de volver para comer con Robert».

—Con mucho gusto —fue lo primero que Musgrave contestó, pero al momento añadió— : Bueno, si me es posible llegar a tiempo, porque he quedado para disparar con lady Osborne y, por lo tanto, no me puedo comprometer a nada. Olvídense de mí a menos que me vean aparecer.

Y se marchó, muy satisfecho por la incertidumbre en que los había dejado.

Margaret, henchida de gozo por las circunstancias, que se empeñaba en considerar que le eran particularmente propicias, con ganas habría hecho a Emma su confidente cuando se quedaron unos momentos a solas a la mañana siguiente, llegando a decirle:

–El joven que vino anoche, mi querida Emma, y que va a volver hoy, me es de mayor interés del que tal vez sepas...

Sin embargo, Emma, haciendo como si no hallara nada de especial en esas palabras, le dio una respuesta muy poco apropiada y, levantándose de un salto, huyó de un tema que le resultaba odioso.

Como Margaret no permitía que nadie dudase de que Musgrave fuera a ir a comer, hicieron unos preparativos en su honor que excedían con mucho los que habían juzgado necesarios el día anterior; y, encargándose por completo de la superintendencia en lugar de su hermana, Margaret se pasó la mitad de la mañana en la cocina repartiendo instrucciones y reprimendas. Sin embargo, después de preparar tanta comida mediocre, y de tanta inquietud y suspense, se vieron obligados a sentarse a la mesa sin su invitado. Tom Musgrave no fue, y Margaret no trató en absoluto de disimular la irritación que le producía esa decepción, ni de reprimir su carácter malhumorado.

La paz del grupo, el resto de ese día y todo el siguiente, que era cuando terminaba la visita de Robert y Jane, se vio continuamente invadida por el descontento resentido y los ataques quejumbrosos de Margaret, de los que Elizabeth era la víctima habitual. Margaret les tenía el suficiente respeto a su hermano y su cuñada para comportarse con ellos, pero Elizabeth y las doncellas nunca hacían nada bien; y Emma, en quien la otra ya no parecía ni pensar, comprobó que a su hermana le duraba la voccecita dulce menos de lo que había calculado. Como quería pasar con ellos el menor tiempo posible, a Emma le encantó la alternativa de hacer arriba compañía a su padre todas las tardes, lo que rogó encarecidamente que le permitieran; y como a Elizabeth le encantaba estar con quien fuese y pasara lo que pasase, y prefería hablar con su cuñada de Croydon, pese a todas las interrupciones de la aviesa Margaret, a estarse arriba a solas con su padre, el cual con frecuencia no soportaba ni hablar, la cuestión quedó resuelta en cuanto su hermana la convenció de que no era ningún sacrificio por su parte. Para Emma fue un cambio muy conveniente y delicioso. Su padre, cuando se encontraba peor, necesitaba poco más que cariño y silencio; y, cuando era capaz de conversar, al ser un hombre de buen juicio y educación, resultaba una compañía agradable.

En el cuarto de éste, Emma podía descansar de la terrible vergüenza de hallarse entre personas de distinta posición y de las discordias familiares: de tener que soportar una prosperidad insensible, un engreimiento mezquino y una insensatez obcecada que iba injertada en una disposición adversa. Seguía sufriendo al pensar en esos defectos, tanto al recordar lo que había ocurrido hasta entonces como al considerar lo que podrían deparar, pero, de momento, al menos dejaban de torturarle sus efectos. Ahora podía dedicarse a leer y pensar en paz, por más que su situación fuera tal que pensar no le supusiese gran alivio. Los perjuicios resultantes de la pérdida de su tío no eran nimios, ni parecía probable que fuesen a disminuir; y después de dejar que sus pensamientos vagaran a sus anchas

contrastando el pasado y el presente, dedicar su mente a esa disipación de ideas desagradables que sólo la lectura podía conseguir hacía que acudiese agradecida a un libro.

Su cambio de hogar y de estilo de vida, como consecuencia de la muerte de su tutor y de la imprudencia de su tutora, ciertamente la había impactado. De ser la principal receptora de las esperanzas y cuidados de un tío que la había criado con la atención de un padre, y del cariño de una tía que, por su temperamento afable, le había prodigado todos los caprichos; de ser la vida y la alegría de una casa en la que todo había sido comodidades y elegancia, y de ser la supuesta heredera de una fortuna que le proporcionaría una relajada independencia, había pasado a convertirse en alguien que no importaba a nadie, en una carga para aquellos de los que no podía dar por sentado que fuera a recibir afecto, en una boca más en una casa, ya de por sí abarrotada, donde, rodeada por hermanas de inferior preparación, no parecía que fuese a poder disfrutar de una agradable vida hogareña, ni a contar con mucho apoyo de ahí en adelante. Afortunadamente era de natural animosa, porque ese cambio podría haber sumido a espíritus más débiles en el más absoluto abatimiento.

Robert y Jane insistieron mucho en que se fuera con ellos a Croydon, y a Emma le costó bastante que aceptasen su negativa, ya que estaban tan pagados de su amabilidad y posición, que no concebían que su ofrecimiento le pudiera parecer menos ventajoso a nadie. Elizabeth se puso de parte de ellos, por más que evidentemente eso fuera en contra de sus propios intereses, instando a Emma en privado a que se fuera:

—No sabes lo que estás rechazando, Emma —le dijo—, ni lo que vas a tener que aguantar aquí en casa. Te recomiendo encarecidamente que aceptes la invitación, ya que en Croydon siempre hay algún entretenimiento, harás vida social casi todos los días y Robert y Jane se portarán muy bien contigo. En cuanto a mí, no voy a estar peor sin ti de lo que ya tenía costumbre, pero tú no estás habituada a las asperezas de la pobre Margaret, que te sacarán de quicio más de lo que te imaginas si te quedas en casa.

La única influencia, por supuesto, que tuvo en Emma ese panorama que le pintó Elizabeth fue que sintió aún mayor estima por ésta, y finalmente los invitados partieron sin ella¹⁶.

NOTAS

3. Austen escribió *Los Watson* en 1804, mientras vivía en Bath. De hecho, es el único texto que escribió en los años que residió en dicha ciudad. Pese a las diversas hipótesis que se han formulado, se desconocen las razones por las que no terminó la novela. Es una lástima que no lo hiciera, ya que tiene todos los visos de que podría haber llegado a ser una de las más mordaces de la autora.

4. Probablemente sea Dorking, ciudad de ese condado de Surrey, a unos treinta y cuatro kilómetros de Londres.

5. Porque Emma habrá recibido una educación privada en casa de su tía.

6. Por entonces un pueblo al sur de Londres que ahora es uno de los municipios que componen la gran ciudad.

7. Profesión que aún no había alcanzado el estatus del que más tarde disfrutaría.

8. Recordemos que en aquella época todavía se utilizaba papel, que era caro, para rizar el pelo.

9. Es un atuendo de mañana, no de noche.

10. «Gran efusividad.»

11. Juego inglés de cartas.

12. Las reverencias de las mujeres consistían en agacharse, mientras que los hombres se inclinaban.

13. Un ponche de vino, agua caliente, zumo de limón, azúcar y nuez moscada.

14. Jane Austen ridiculiza por medio de Musgrave la moda de tomar las comidas a horas cada vez más tardías. Él llama comida a lo que ya tendría que ser cena.

15. Mesa de alas abatibles y cajones típica del periodo georgiano en que transcurre la novela.

16. Hasta aquí lo que escribió la autora. En *Recuerdos de Jane Austen* (1870), su sobrino, James Edward Austen-Leigh, explicó lo siguiente: «Cuando su hermana Cassandra enseñó el manuscrito de esta obra a algunas de sus sobrinas, también les contó parte de cómo se iba a desarrollar la historia; pues con esta querida hermana –y creo que con nadie más– parece que Jane hablaba libremente de cualquier libro que tuviera en ese momento entre manos. El señor Watson moriría pronto, y Emma pasaría a depender de sus intransigentes hermano y cuñada. Rechazaría una proposición de matrimonio de lord Osborne, y buena parte del interés del relato vendría provocado por el amor de lady Osborne hacia el señor Howard, quien a su vez amaría a Emma, con la que terminaría por casarse.